LORENA A. FALCÓN

Transformación

HISTORIA DE
UNA METAMORFOSIS

Contents

Portada
Copyright
Última publicación
Libros de la autora
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Intercambios
Nota de la autora
Sobre la autora
Agradecimientos
Otras obras publicadas
Intercambios (extracto)

TRANSFORMACIÓN

Lorena A. Falcón

Copyright © 2020 Lorena A. Falcón

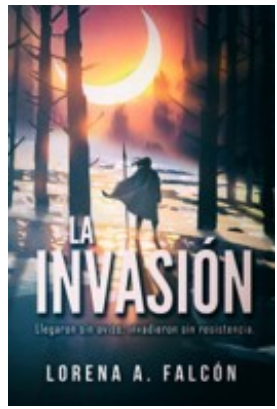
Primera edición.

Todos los derechos reservados.

Cover Design by James, GoOnWrite.com

Última publicación

La invasión



Llegaron sin aviso, invadieron sin resistencia.

Llegaron sin aviso.
Mataron sin provocación.
Invadieron sin resistencia.

Los extraterrestres están en la Tierra y ya no hay lugar para los humanos.

Ya disponible en Amazon.

Libros de la autora

Brujas anónimas
Brujas anónimas - Libro I - El comienzo
Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda
Brujas anónimas - Libro III - La pérdida
Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

Conflictos universales
Libro I - Un último conflicto
Libro II - Un conflicto sin fin

El reino entre las nieblas
Libro I - Un camino marcado
Libro II - Un bosque confuso

Novelas - Tomos únicos
La torre hundida
Antifaces
Dejemos la historia clara
El despertar de las gárgolas
La hermandad permanente
Todas mis partes
Intercambios
Vidas paralelas, destinos cruzados
Decisiones
Número privado
Matices de la magia

Cuentos
Por un par de alas
Todo o nada
Una idea simple - A simple idea
Alrededor del reloj

No ficción
¿Quieres escribir una novela?
¿Quieres escribir un cuento?
Mi primera novela cumple diez años

Visita la página de Lorena A. Falcón

Capítulo I

—Y DESPUÉS DE CASARTE…, ¿cuándo van a tener hijos?

—¿Eh? —Dani miró a su compañera de trabajo.

En realidad, eran un poco más que eso. Mantenían una de esas extrañas relaciones situadas más allá de *compañeros de trabajo*, sin llegar a ser amigas. Jamás se veían fuera de la oficina, pero solían almorzar juntas y se contaban muchos detalles de sus vidas privadas.

—¿No crees que es demasiado pronto para pensar en eso, Patricia?

La otra se encogió de hombros.

—Es lo primero que van a preguntarte cuando vuelvas de la luna de miel; sobre todo, tu familia y la de él.

Ella inspiró.

—Prefiero no definirlo aún. Claro que quiero un bebé, ambos queremos, pero vamos paso por paso. ¡Ni siquiera tengo treinta todavía!

—Los tendrás dentro de dos años.

Ella enarcó las cejas.

—Dos años es mucho tiempo, aunque no lo creas. Además, primero hay que pasar por la boda —se llevó las manos a la cabeza y se mesó los cabellos—; ya no puedo escuchar más sobre esos preparativos ni los del viaje, quisiera que todo termine.

—Es el estrés previo. No te preocupes, les pasa a muchas. A mí se me caía tanto el pelo que creí que tendría que ponerme una peluca el día de mi casamiento. —Se rio.

—Yo creo que estoy engordando —susurró ella.

La amiga la miró con ojo crítico.

—No, no me parece. Al contrario, tal vez hayas perdido un poco de peso…

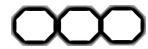
—¿Cuánto tiempo van a acaparar la máquina de café? —preguntó otro compañero que estaba detrás de ellas.

—Está bien, está bien —dijeron ambas mientras se apartaban y regresaban a sus lugares de trabajo.

El celular de Dani le indicó que tenía un mensaje.

Era de su novio.

Suspiró.



DURANTE TODO EL VIAJE de regreso a su casa, contestó diferentes mensajes de su novio, de la madre de este, de su futura cuñada, del coordinador del salón, del encargado del *catering*, del local donde le arreglaban el vestido, del fotógrafo, de la maquilladora y ¿por qué había una lista de regalos para el bebé?

—No lo puedo creer —murmuró mientras dejaba ese de lado y trataba de terminar con los demás.

Finalmente, guardó el celular cuando ya estaba a dos estaciones de su casa y cerró los ojos un momento.

Se despertó cuando la sacudía alguien.

—Aquí se termina el viaje —le dijo un pasajero que se apresuró a salir del vagón.

Ella lo siguió. Estaba en la estación final del recorrido, a tres de la cual tendría que haberse bajado. Decidió tomar el tren en el sentido contrario, no tenía ganas de caminar ese día.

Mientras aguardaba en la plataforma, sonó el teléfono.

—Pensé que ya estabas cerca —sonó la voz de su novio cuando ella lo acercó a la oreja. Él tenía la costumbre de continuar las conversaciones por chat o por voz como si fueran una sola y nunca se hubieran interrumpido.

—Sí, parece que me quedé dormida y me pasé, estoy en la terminal.

—Mmm, debes descansar más, ¿estás segura de que no quieres tomarte unos días mientras terminamos los preparativos de la boda? Yo puedo con todos los gastos.

«¿Y estar a día completo con toda esta gente loca? ¡Por favor, no! Necesito respirar y pensar en otras cosas».

—No, Matías, está bien, solo me desconcentré un poco. Eh…

—¿Sí?

—¿Viste los mensajes de tu hermana? ¿Sobre la lista de compras?

—Sí, ya sabes cómo es Juana: desde que tuvo gemelos, quiere que todo el mundo tenga hijos. No te preocupes, los tendremos cuando nosotros queramos —se oía la sonrisa en su voz—, aunque para eso está la luna de miel, ¿no?

—Sí, claro —vaciló ella mientras se inclinaba sobre el andén para ver si llegaba alguna formación—. Creo que ya está viniendo el tren,

nos vemos en unos minutos. ¿Quieres que lleve algo?

—No, ya tengo la comida lista. Apresúrate. Beso.

—Beso.

Sin embargo, el tren todavía no había llegado.

Suspiró y guardó el celular en la cartera; por lo menos, ahí dentro podía decir que no lo había oído.

¿Por qué estaban todos tan apresurados? Ella ni siquiera había estado segura de haber contestado bien a la pregunta de él y, de repente, ya estaban planeando la fiesta, sacando turno en el registro, haciéndose los análisis, en los cuales él insistió agregar uno de fertilidad. Si en verdad era su hermana la ansiosa, ¿por qué ese examen? Ella no se lo había discutido porque también quería una familia, ¿o no? Casarse y tener hijos, casi todo el mundo deseaba eso. Y ella también o, al menos, estaba bastante segura. Aún no se veía en ese rol, pero tal vez se debiera a que solo hacía dos años que vivía con él y poco más desde que lo conocía. Ahora ya no podía decirle que quería pensarlo y ¿para qué? En general, disfrutaba de su compañía. Era el estrés de esos preparativos lo que la había puesto mal. Además, él se había mostrado tan feliz cuando ella había aceptado…

Llegó el tren y ella consideró dejarlo pasar, esperar el siguiente. Sin embargo, él ya había preparado la cena…, no estaba bien hacerle calentarla dos veces. Entró en el vagón y se quedó parada por más que hubiera asientos vacíos. No quería correr el riesgo de volver a quedarse dormida, porque ganas de cerrar los ojos no le faltaban.

LOGRÓ ATRAVESAR LA CENA, la conversación posterior y el rápido sexo antes de dormir sin tener que pensar mucho, sin que se notara que no estaba prestando atención. Él ya se había dormido. Tenía un dormir sereno, nunca lo había oído roncar; él le había dicho que ella, a veces, lo hacía.

Ahora estaba despierta, así que él podía estar tranquilo. Aunque siempre lo estaba, lo había estado cuando la invitó a salir por primera vez, cuando le propuso mudarse juntos y cuando le pidió que se casaran. A ella no le importaba demasiado pasar por todas esas formalidades, pero si a él le divertía…

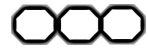
Le molestaba más que, cada tanto, le planteara que dejara el trabajo por un tiempo, que solicitara una licencia y se concentrara en la relación. ¿Por qué? ¿Acaso él no era capaz de mantener una relación y también una profesión?

Lo miró de lado. En general, costaba mucho despertarlo. Se levantó de la cama y fue a la cocina. Todavía quedaba vino de la cena y se

sirvió una copa, que tomó de pie junto a la ventana, mientras miraba los edificios que todavía tenían luces. Siempre se preguntaba qué se estaría viviendo en esos lugares, qué parte de la historia, ¿sería la misma que la de ella? ¿Habría pasado alguno por tantos cambios en su relación tan rápido? Se frotó la panza. No quería embarazarse todavía, necesitaba un tiempo para acostumbrarse a su nueva situación antes de tener otro cambio.

Echó un vistazo a la habitación y fue hacia su cartera. Sacó las pastillas anticonceptivas que había comprado. No quería que él supiera que las seguiría tomando un tiempo más, solo unos meses. Aunque ¿dónde podía guardarlas para que él no las encontrara?

Capítulo II



POCOS DÍAS DESPUÉS, cuando se estaba vistiendo para ir a trabajar, le costó ponerse el pantalón.

—Seguro que aumenté unos kilos, aunque no entiendo por qué…

—Mmm —dijo él, que ya había terminado de vestirse y se dirigía a la cocina para preparar el desayuno. Se volvió hacia ella en el umbral —. No creo que hayas aumentado; a ver, da una vuelta.

Ella le obedeció.

—No, no parece que tengas más peso, pero ese pantalón… está extraño —se acercó—, me parece que cuando se lavó se deformó un poco.

—Uf —suspiró ella y se lo sacó.

—No te preocupes, solo usa otro.

—Si cambio el pantalón, tengo que usar otra remera y, tal vez, los zapatos…

Él rio.

—Dudo que sea necesario cambiar tantas cosas, pero como te sientas mejor… Apresúrate porque hoy tengo que llegar más temprano a la oficina.

Ella levantó la vista.

—Si tienes que irte, puedo tomar el tren…

—No, no, puedo esperarte un poco; además, me gusta que desayunemos juntos.

Ella le sonrió hasta que él dejó la habitación y luego tiró el pantalón a un lado. Buscó otro. Ese era más grande y lo solía usar con cinturón. Le subió sin problemas, pero no le quedaba bien, como si hubiera sido diseñado para otro cuerpo.

Se examinó en el espejo. Le pareció que sus pechos lucían más pequeños. Nunca habían sido muy grandes, pero ahora se veían diminutos. Se los agarró con ambas manos.

—¿No deberían crecer si, en verdad, sumé peso? —murmuró.

—¿Vas a tomar leche con el café?

—No.

—Al menos, un poco; si no, después no podrás dormir, como anoche.

Ella frunció el ceño y miró hacia donde estaba la cocina, aunque la pared se interponía. Estaba segura de que él había estado completamente dormido. ¿Qué habría escuchado? ¿O visto, quizá?

—Solo un poco —dijo después de unos instantes.

—¿Ya terminaste de vestirte?

—Casi —contestó ella y se puso un cinturón que luego tapó con un *sweater* largo. No le sentaba muy bien ese *look*, cubría las pocas curvas que tenía, pero era la combinación más cómoda que había encontrado.

Caminó a la cocina mientras resistía la tentación de revisar donde había escondido los anticonceptivos.

—¿Ves? Eso no está tan mal —sonrió—; aunque con esa ropa parece que, al contrario, bajaste de peso.

—Eso fue lo mismo que dijo Patricia. —Tomó un trago de café. Tenía demasiada leche, no le gustaba tan falto de sabor—. No sé, solo me siento… extraña…, diferente.

—Es el estrés, te dije que si querías…

—No —interrumpió ella un poco demasiado cortante—, no hace falta que deje de trabajar, no puedo abandonar al equipo ahora. Además, me hace bien pensar un poco en otras cosas en vez de en todas las opciones de comida.

—Hablando de opciones, ¿viste las tortas?

—Pensé que ya habíamos elegido eso.

—Sí, pero encontré otras…

El viaje en auto lo pasó mirando fotos y leyendo descripciones de diferentes tortas. Aunque, cuando él recibió una llamada de trabajo, se decidió a buscar: pérdida o ganancia de peso en forma extraña. Las respuestas que le devolvió el buscador de internet eran todavía más raras que la pregunta. ¿De qué otra forma podría redactar su interrogante? No quería poner *boda*, porque la llevaría a revistas de mujeres y notas pseudopsicológicas, tampoco quería insinuar ninguna enfermedad, no necesitaba tener más preocupaciones si no estaba segura.

—Llegamos —dijo él y ella levantó la vista—. No te olvides de elegir la torta.

Ella sonrió y salió del auto después de un rápido beso.

—HOY TE VES RARA —anunció su compañera.

—Hoy me siento rara.

—¿Ya están buscando nombres?

—Uf, por ahora, no y espero que no en mucho tiempo. —Vaciló sobre si contarle o no acerca de los anticonceptivos; se decidió por no. Había considerado dejarlos en la oficina, pero ¿qué haría los fines de semana?—. Todavía eligiendo torta.

—¿No tenían una ya?

—Parece que hay más opciones —dijo ella y trató de hacer una mueca como si fuera gracioso, no estaba segura de haberlo logrado.

—No te vendría mal comer un poco más. Después de todo, querrás que el vestido muestre un poco de pecho, ¿no?

—Se supone que si te casas de blanco se deba a que eres pura.

La amiga rio.

—Si te casas, es porque quieres dejar de serlo. ¿Vamos por un café antes de que empiece la reunión de la mañana?

—Por favor —expresó ella.

Después de un café oscuro y unas facturas que estaban dando vueltas por los escritorios (no alcanzó a saber de quién era el cumpleaños), se sintió mejor. No tenía demasiado para hacer, al menos no hasta que en la reunión de avance le asignaran más tareas. Todavía faltaban diez minutos para que empezara, así que realizó otra rápida búsqueda sobre pérdida de peso. Decidió que era mejor hacerlo por separado; además, si tenía menos pechos, era porque estaba perdiendo grasa, ¿no? Tal vez no era gordura lo que sentía, sino… rareza…, estar diferente; había entrado en los pantalones después de todo, solo que no le quedaban bien.

Los primeros resultados hablaban de los efectos del estrés. Obvio. Esa casilla estaba verificada. Sin embargo, tenía la sensación de que era más que eso; o, tal vez, eran sus dudas. Cerró el buscador. A lo mejor, estaba pensando demasiado.

La llamaron a la reunión. Eso le sacó de la mente cualquier otro tema durante las siguientes tres horas. Al menos, hasta que hizo una pausa para ir al baño.

«Pero todavía no me toca…», pensó mientras miraba la mancha en la ropa interior. Era escasa y oscura, como si estuviera al final del período; pero, en realidad, todavía faltaba para llegar a los primeros días.

Golpearon a la puerta.

—¿Estás ahí?

—Eh…, estoy ocupada.

—Ya sé, perdón, están organizando el almuerzo y ya están llamando por teléfono, ¿quieres que te pidan lo de siempre? Vamos a ordenar del local de la esquina.

—Eh…, bueno.

—¿Todo bien ahí?

—Sí, sí, solo un accidente.

—Ah, ¿tienes…?

—Sí, no te preocupes.

—Ok.

Esperó a escuchar que la puerta se cerrara. Terminó de higienizarse y se miró a espejo. El rostro lucía anormal, con los rasgos menos definidos.

—Tal vez estoy loca… —murmuró—. A veces, el rostro se ve extraño, incluso para uno mismo; depende de cómo uno se sienta y también del período del mes… —Inspiró—. Está todo bien —repitió varias veces al espejo y salió del baño.

Regresó a la sala de reunión, donde estaban preparando los lugares para la comida.

—Ven —la llamó su amiga—, mira estas fotos del bebé de Nora.

Ella inspiró y se preparó para ver fotos de otro de los asuntos en los cuales no quería pensar. Esperaba que la charla durante el refrigerio se desviara hacia otros temas, pero sabía que no sería así.

Por suerte, luego del almuerzo, la reunión, que se había extendido un par de horas, terminó y pudo concentrarse en su trabajo. Durante unas horas, descansó de todos los temas que la rodeaban y la esperaban a que saliera de la oficina.

—¿Quieres ir a tomar algo? —le preguntó su amiga cuando estaban apagando las máquinas—. Algunos vamos a…

—No lo creo, tengo mucho por hacer —suspiró.

—Tienes que descansar un poco, vas a volverte loca, si no.

—Lo sé, pero todavía hay tantas cosas… Además, yo también tengo tareas personales por mi cuenta.

—¿Ya elegiste la torta? —Dani se quedó mirándola—. Me dijiste que tu novio había encontrado otras opciones y…

Ella cerró los ojos un instante.

—Lo había olvidado —sacó el celular—, voy a tener que repasar al menos algunas antes de… —volvió a suspirar—, no quiero aburrirte, ve. Revisaré unas… —miró el reloj— y después intentaré llegar a los trámites que tenía para hoy…

Sintió una mano sobre su hombro.

—En serio, cuídate.

Ella asintió.

Durante los siguientes veinte minutos, ojeó la mayor cantidad de fotos de tortas que pudo y envió algunas por chat a su novio antes de cerrar el celular y salir corriendo hacía su primer trámite.

Llegó al último sobre la hora y tuvo que rogar para entrar cuando

ya estaban cerrando. Ahora ya se encontraba, por fin, en el tren de regreso y, dada la hora, pudo sentarse con tranquilidad.

El celular comenzó a sonar, era un número de emergencia. Sobresaltada, contestó.

—¿Dónde estás?

Ella, confundida, tardó en reconocer la voz.

—En el tren.

—Me asustaste —exclamó su novio—, hace horas que trato de contactarte.

—Perdón —tartamudeó ella, aún confusa, y miró las notificaciones de su teléfono, que se habían acumulado desde que había dejado la oficina—, tenía que hacer unos trámites y no podía tener el celular encendido en ese momento.

—Me tendrías que haber avisado, te hubiera llevado.

—Perdón —repitió ella—, estuvimos en reunión todo el día en el trabajo, fue agotador… —apenas lo dijo, se arrepintió.

—En verdad quisiera que consideraras mi oferta, puedes dejar de trabajar durante un tiempo. De todas formas, lo harás cuando los niños sean pequeños, ¿por qué no empezar ahora?

«¿Niños? —pensó ella—, ¿ya está hablando en plural?».

—Sí, lo pensaré, como te dije, pero todavía es demasiado pronto.

—No te preocupes por los gastos, puedo hacerme cargo.

Ella apretó los labios. ¿Cuántas veces habían tenido esa conversación? Ella quería hacerse cargo de sus propios gastos.

—Mmm, no quería comentarte porque aún no me confirman, pero… Ya lo hablé con mi jefe, cree que hay una posibilidad de que trabaje medio día.

—¿En serio?

—Sí, pero no es seguro, por eso no quería decirlo.

—Bueno, supongo que podemos esperar un poco más, pero recuerda que no es necesario que trabajes. Te espero. Avísame cuando bajes del tren y te caliento la cena.

—Está bien —contestó ella y cerró el celular antes de suspirar.

Capítulo III

ESTABA TAN CANSADA que no podía contener los bostezos durante la cena, aunque trataba de ocultarlo. Por suerte, su novio tenía que levantarse más temprano que de costumbre a la mañana siguiente y se fue a dormir antes de que ella terminara de comer.

Dani intentó mirar al menos un capítulo de alguna serie, pero le costaba mantener la concentración. Al final, fue a la cama junto a su novio. Apenas se acostó, sintió que el brazo de él caía sobre ella. Antes de pensar en cómo eso la hacía sentir, se quedó dormida.

No lo escuchó levantarse a la mañana siguiente. Encontró una nota sobre la almohada. Miró el celular, esa había sido la segunda alarma, no recordaba haber escuchado la primera. La nota le recordaba que ese día tenían una entrevista con el fotógrafo sobre las tomas previas a la fiesta.

—¿Cuándo se va a terminar esto?

Se sentó en la cama y se sintió mareada de inmediato.

¿Podía ser?

«No, estoy tomando anticonceptivos… Además, ayer…, no puede ser…».

Cuando se sintió más estable, corrió hacia el baño, preocupada. Revisó la ropa interior: estaba limpia.

«No puede ser».

Se quedó sentada en el inodoro. No sentía nauseas ni tenía ningún otro síntoma que, en general, se relacionara con ese estado. La orina fue limpia. No sabía qué pensar, pero el mareo se había ido y eso la calmó un poco.

Se desvistió para darse una ducha rápida. Captó un vistazo en el espejo y se quedó inmóvil. Aunque el rostro que la miraba de vuelta lucía bastante demacrado, era el suyo. No era lo que le había llamado la atención, no era lo que la tenía petrificada frente a su reflejo.

Levantó las manos con lentitud hacia los pechos y vaciló antes de apoyarlas sobre ellos. Sintió la calidez de sus palmas, no había dolor ni rojeces ni marcas ni nada extraño, más allá de que no tenía busto.

—Debe de ser un problema del espejo —murmuró, pero se resistía a bajar la vista y revisarse directamente el cuerpo.

Cerró las manos, no era capaz de agarrar ninguno de sus pechos. Apretó los labios y contuvo las ganas de llorar.

No alcanzó a discernir cuánto tiempo estuvo así, con los ojos cerrados, hasta que, por fin, se animó a mirar hacia abajo y despegar las manos de su cuerpo. Los pezones lucían normales, no habría nada extraño en ellos si ese fuera el pecho de un hombre, un hombre con muy pocos músculos. Ese no era su cuerpo. ¿Dónde estaban sus senos? ¿Cómo habían desaparecido de un día para el otro? Trató de recordar cómo estaban el día anterior. Por la mañana, le habían parecido más chicos, pero no los había verificado durante el día. ¿Quién está mirándose los pechos constantemente? Además, justo vestía un *sweater* tan grande que apenas eran visibles con la ropa.

Se acercó más al espejo y los examinó de cerca, con un poco más de tranquilidad. No había ninguna marca. Simplemente, no había pechos ahí, cuando antes sí.

Salió del baño y corrió al comedor semidesnuda. Encendió la computadora. Ni siquiera estaba segura de cómo hacer la búsqueda. Ingresó todas las variables que se le ocurrieron y abrió todas las pestañas de los resultados que parecían estar relacionadas con el tema. Luego, comenzó a leerlas una a una. A la mayoría la dejaba a la mitad o a los pocos párrafos. Segundo a segundo, estaba más aterrada. Las enfermedades que describían eran cada vez más extrañas.

Cerró la computadora y buscó el celular. Debía hablar con un médico.

Capítulo IV

CONSIGUIÓ UN TURNO DE EMERGENCIA para ese mediodía, eso la tranquilizó. Sin embargo, para cuando terminó de hacer los arreglos, solo le quedaban diez minutos para salir hacia la oficina. No llegaría a tiempo. Le mandó un mensaje a su amiga y le dijo que se había quedado dormida.

Por suerte, la respuesta de esta fue que ella ya estaba allí, que la habían llamado temprano, que las reuniones de esa mañana se habían cancelado porque habían llegado unas visitas del exterior que los jefes debían atender, que no se preocupara, que ella la cubriría.

Suspiró y decidió vestirse sin la ducha. Tampoco desayunaría en casa, sino que compraría algo en el camino y comería en el tren. Con lo tarde que estaba saliendo, probablemente lo abordaría después de la hora pico y, aunque fuera parada, podría consumir algo sin terminar con toda la comida sobre la ropa.

Llegó solo una hora tarde a su trabajo y, sobre todo, porque otra vez le costó encontrar ropa que se adecuara a su cuerpo. Aunque no lo sentía extraño, le parecía que ya no tenía las mismas medidas que antes. Sin embargo, no podía determinar si estaba más gorda o más flaca, solo… distinta, como si los huesos y la grasa se hubieran acomodado de forma diferente.

«Y con eso perdí mis pechos».

Trató de no mirarse a sí misma. Otra vez, había apostado por un *sweater* demasiado grande como para que definiera algo de su figura y se había puesto un corpiño con relleno.

—Te ves horrible —comentó su amiga apenas la vio.

—Gracias —murmuró ella y dejó caer la cartera sobre el escritorio antes de prender la máquina.

—En serio, creo que deberías ir al médico.

—Tengo un turno al mediodía —vaciló ella con una sonrisa.

—Bien, por fin haces algo por ti.

Dani miró alrededor.

—No te preocupes, ve al médico. Dudo que las reuniones de la tarde se realicen. Están todos en los pisos superiores, detrás de los extranjeros como si estos fueran reyes. Mejor para nosotros, un día más tranquilo. Por lo menos, ahora, que ya entregué todo lo que necesitaban.

Dani suspiró y se recostó sobre la silla mientras observaba la computadora encenderse.

—Me sorprende que Matías no te haya hecho quedarte hoy.

—No estaba cuando me levanté, salió más temprano.

—¿Qué pasó ayer?

—¿Con qué?

—Con la torta y los trámites.

—Uf, pude hacerlo todo, pero llegué tarde a casa.

—¿Tienes que llegar a algún horario en particular?

—Se preocupa si no. —Su amiga no contestó—. Preferiría hablar de otra cosa.

—Está bien.

Sin embargo, no pudo concentrarse en nada más hasta que llegó la hora del médico. Si bien quedaba a solo unas cuadras de la oficina, salió bastante temprano. Había pocas personas en la sala de espera y el doctor la atendió a los pocos minutos.

—¿Cuál es el problema?

—Algo está cambiando en mi cuerpo.

—¿Algo?

—Sí —dijo ella y sacó unas fotos de la cartera—. No sé cómo explicarlo. Estas son fotos mías del mes pasado, cuando fuimos un fin de semana a una quinta, ¿lo ve?

El médico inspeccionó las fotos.

—No veo nada extraño.

—No en esas fotos, no, pero hoy… me levanté sin pechos.

—¿Sin pechos?

Ella asintió.

El médico se levantó de la silla.

—Voy a tener que examinarla.

Media hora después, salió de la consulta del doctor con más de diez órdenes para exámenes. Aunque no parecía muy preocupado, tampoco podía aventurar qué podría haber causado el cambio. Los análisis comunes probablemente no revelarían mucho, por eso había solicitado, adicionalmente, unos más completos.

No había forma de que pudiera hacer todo eso sin que su novio se enterara. Por supuesto, también se daría cuenta cuando no encontrara sus pechos, ¿o no?

ÉL SE QUEDÓ MIRANDO las órdenes de exámenes que ella había repartido sobre la mesa. Tenía el ceño fruncido con una ceja más elevada que la otra, lo que, en general, indicaba profunda concentración.

—¿Por qué no me habías dicho esto?

—No quise preocuparte.

—Todos estos análisis… ¿crees que no son para preocuparse?

Ella inspiró y trató de sonreír.

—Sabes que los médicos siempre piden estudios de más.

—Y también sé que tú no vas a uno por cualquier cosa. ¿Esto es porque crees que tienes problemas con tu peso?

Ella se mordió los labios y miró hacia otro lado.

—Sabes que puedes decirme lo que sea, estoy contigo.

—No sé cómo… Es que no entiendo yo tampoco lo que está pasando.

—¿Prefieres mostrarme?

Ella apretó los labios y asintió. Luego se levantó y caminó hacia la pieza. No sabía por qué, pero creía más apropiado desvestirse en el dormitorio. Necesitaba que fuera privado, no quería que nadie se asomara por las ventanas.

Él la siguió dentro y ella se mantuvo a unos pasos, mientras se sacaba toda la parte de arriba de la ropa y se quedaba semidesnuda frente a él.

Esperó.

Él mostraba una expresión neutra.

—¿Cómo…? ¿Cuándo…? —Se acercó un poco, con vacilación, como si tuviera miedo; un poco inclinado, como si así se viera mejor, y se movió de un lado a otro—. Siempre fueron chicos, pero… ¿cuánto estás pesando?

Ella frunció el ceño.

—No lo sé, no me pesé…

—¿Él medico no lo hizo?

—Sí, claro, es que no lo recuerdo, estaba más preocupada por… —Volvió a vestirse, aunque obvió el corpiño, no era necesario.

—Estás demacrada, seguramente perdiste unos kilos. Sabía que no debía creerte cuando me dijiste que podías seguir trabajando.

—Pero… eso no…

Él levantó una mano y negó con la cabeza.

—No, necesitas tomarte un descanso. No digo que dejes el trabajo del todo ahora si no estás preparada para hacerlo, pero pide

vacaciones o una licencia. Debes disminuir el estrés, no quieres enfermarte antes de la boda, ¿no?

«No quiero enfermarme y punto. No importa la fecha».

Ella se sentó en la cama.

—Debes hacerte los análisis, te acompañaré. Ya voy a llamar a la clínica para conseguir turnos para mañana y también voy a avisar a tu trabajo que no vas.

—No te va a contestar nadie a esta hora…

—Les envío un *mail*, eso no es importante, sino que te cuides. Tienes que estar sana para la fiesta y después; si no, ¿cómo podremos buscar un bebé?

—¿Un bebé? —susurró ella cuando quedó sola—, ¿qué hay de mí?

Poco después, ya tenía los turnos para la primera hora de la mañana. Si quería comer, esos eran los últimos momentos antes de tener que guardar ayuno. Él salió a comprar la cena, además de los accesorios que ella necesitaría para los análisis del día siguiente.

Apenas cerró la puerta tras de sí, sonó el teléfono. Ella, distraída, lo contestó. Seguramente, él lo habría oído y, a su regreso, preguntaría quién había sido.

—¿Hola?

—Hola, Dani, ¿cómo estás? —Era su futura suegra—. Matías me contó. Tendrías que haberte cuidado más, sabes que tu cuerpo es un templo, para todo lo que venga después. Sé que todavía es temprano para pensar en ello; de todas formas, hay que prepararse.

Ella alejó el auricular de la oreja.

«¿Ya informó a su familia? ¿En qué momento lo hizo? Solo nos separamos unos minutos, mientras me daba una ducha».

—Estoy bien, son solo análisis de rutina. Debo de haber perdido un poco de peso por el estrés, nada más.

—¿Cuánto estás pesando?

—48 —dijo ella tratando de sonar segura; no tenía ni idea, solo restó unos kilos del último peso que recordaba.

—Eso es muy poco para tu altura; además, es mejor si tienes las caderas un poco más rellenas al principio. Me dijo Matías que mañana van al médico.

Ella intentó no suspirar.

—Sí, no se preocupe.

—¿Pensaste en pedir un tiempo en el trabajo? Seguramente, aun en esta época, todavía dan unos días a quienes se preparan para formar una familia.

«Uf, parece que todos están en lo mismo. ¿Lo único que importa es mi utilidad para *la familia*? ¿Por qué nadie me pregunta cómo me siento?».

—En realidad, debería estar descansando en este momento.

—Claro, claro. Y Matías, ¿dónde está?

—Fue a comprar algo de comer.

—Claro, hoy no puedes cocinar. Bueno, te dejo, cuídate, todos queremos verte bien para la fiesta.

—Por supuesto, quédese tranquila.

—Dile a Matías que me llame mañana para contarme.

—Está bien —dijo ella y reprimió el resto de la oración.

Tardó unos segundos más en terminar de despedirse.

¿Por qué todo se lo tenía que contar a la familia? Era como si tuviera una relación abierta con todos ellos. Si hubiera sabido que casarse sería así…

Se frotó el rostro con las manos. Debía tranquilizarse: si seguía así, tal vez empeoraran los síntomas. Regresó al baño y se miró al espejo. Su cara parecía un poco más alargada que antes, pero no estaba segura, uno está tan acostumbrado a su propio semblante. Se levantó la remera y observó su reflejo, giró todo lo que le permitió su cuerpo. No apreciaba más señales externas que haber perdido un poco de grasa y tal vez… Se tocó el talle. Debería ser un poco más pronunciada, casi no había curvatura allí y ella siempre había tenido una buena cintura, aun cuando tuviera pechos pequeños.

—Tal vez tendría que usar más cintos —murmuró mientras dejaba caer la remera y se llevaba las manos a la cintura. Apretó un poco para hundirla en el cuerpo. Se miró un rato más hasta que oyó el ruido de las llaves.

Volvió al comedor justo cuando él dejaba las bolsas sobre el mostrador.

—¿Quién era?

—Tu madre.

Él asintió.

—Quería saber cómo estabas.

—No deberías haberla preocupado.

Él se encogió de hombros.

—Ellos quieren saber; sabes que se preocupan por ti, por nosotros.

—Claro —murmuró ella y se acercó para ayudarlo.

—No, no hace falta, descansa, solo tengo que calentarlo un poco. Lo dejo en el microondas mientras me doy un baño. Después de comer, nos vamos directo a dormir, nada de mirar televisión hasta tarde hoy.

Lo dijo con una sonrisa, pero a ella le dio un escalofrío.

Trató de calmarse mientras esperaba sentada en el sofá a que él regresara. Se miró las piernas, ¿estarían igual que siempre? No estaba segura, no les prestaba mucha atención a menos que estuviera depilándose o poniéndose medias; incluso, olvidaba aplicarse crema. Sin embargo, ahora sentía la necesidad de revisarse todo el cuerpo,

precisaba saber que seguía siendo el de una mujer, el cuerpo con el cual había vivido toda su vida.

Miró hacia otro lado. Las persianas estaban abiertas, no le gustaba que estuvieran de esa manera, se sentía demasiado expuesta con semejantes ventanas que abarcaban toda una pared del comedor. Daban a un balcón bastante extenso, que casi nunca usaba. Ni siquiera le gustaba tomar sol.

Se llevó las manos a la cintura otra vez. ¿Cuándo había sido la última vez que había usado un bikini? Ya no podría hacerlo más.

«No, no debo pensar en eso. Todavía nadie dijo que este cambio sea permanente, es probable que todo vuelva a la normalidad con la dieta adecuada».

Capítulo V

SE LEVANTARON TEMPRANO la siguiente mañana. O, al menos, él lo hizo. Ella apenas había podido dormir durante la noche. Estaba segura de que una noche de desvelo afectaría los resultados clínicos, pero aun así no logró quedarse dormida y no quiso tomar nada para hacerlo, porque eso sí que influiría en las pruebas.

Había intentado convencerlo para que solo la acompañara hasta la clínica y la dejara allí, pero él insistió en quedarse durante la primera sesión de análisis.

Cuando regresaba de unas ecografías, él aguardaba parado en la sala de espera.

—Lo siento, tengo que irme.

—No te preocupes, yo puedo volver sola, no queda mucho.

—Ah, no, no hace falta. Mi hermana está viniendo para acá, ella te acompañará; también puede quedarse el resto del día hasta que yo regrese.

—¡Pero eso no es necesario!

Él la tomó por los hombros.

—Debes descansar y queremos asegurarnos de que puedas hacerlo. Sabes que, para ella, no es problema, le gusta alejarse un tiempo de los gemelos.

«¿Por qué? ¿Acaso no le habían cambiado la vida?».

No había pensado en los niños, fue un alivio enterarse de que no irían, no estaba de humor para tenerlos corriendo y gritando alrededor.

—Todo saldrá bien —le dijo su novio y le dio un beso en la frente.

Ella se sentó, después de que él se fue, en un salón vacío y miró la hoja que tenía en la mano. Todavía faltaban seis exámenes, no eran tantos, terminaría para el mediodía. Había planeado ir a comer y descansar de verdad esa tarde, sola. Había pensado que, al menos,

tendría un tiempo para despejarse, pero ahora tendría que pasarlo con la hermana de su novio. Tal vez podría convencerla… Si tan solo quedara un solo estudio, podría decir que se habían desencontrado. Suspiró. No había forma de evitarla, no cuando todavía le faltaba tanto.

Recibió un mensaje de texto. Juana estaba estacionando.

Ella volvió a suspirar.

Por suerte, en ese momento, la llamaron para el siguiente análisis.

Cuando salieron de la clínica, era pasado el mediodía y Juana decidió que era mejor comprar el almuerzo y llevarlo para comer, más cómodas, en el departamento. Aunque ella hubiera preferido quedarse fuera, no tenía ganas de discutir. Sobre todo, cuando no podía dejar de pensar en los resultados de los análisis. No estarían hasta dentro de tres días, pero ya sabía que uno de ellos daría mal. Lo supo en el mismo instante en el que vio el ceño fruncido del técnico que se inclinaba cada vez más sobre la pantalla y presionaba con el sensor sobre su estómago con más fuerza, y daba círculos más grandes…

—¿Estás bien? —preguntó Juana.

—Sí, perdón, estaba pensando.

—¿Y si duermes una siesta después de la comida?, ¿qué te parece? A mí también me vendría bien una. Hace tanto que no me tomo un descanso durante el día. —Sonrió.

Ella trató de devolverle la sonrisa. No le molestaba esa idea. Le sentaría bien con lo poco que había dormido la noche anterior. No obstante, hubiera preferido estar sola, así podía pensar en lo que había dicho el técnico… No los había encontrado: ni el útero ni los ovarios ni las trompas de Falopio…, no había encontrado nada.

—Pero sangré hace unos días —se quejó ella, aunque no agregó que, en realidad, no le tocaba hacerlo en esa fecha.

—Tal vez sea el aparato —musitó el hombre mientras revisaba su historia—. No dice nada de una histerectomía…, mmm, debería haber cicatrices…

—¡Es que no tuve ninguna operación!

—¿Cuándo fue la última vez que se hizo una ecografía de control?

—El año pasado.

—¿En esta clínica?

—No.

—Mmm, probemos con otra máquina —se levantó de la silla—, espere un poco.

Ella lo hizo, pero el otro aparato no había sido diferente. Y ahora tenía que aguardar el resultado final, pese a que sabía que no podía ser bueno, no iba a ser distinto. ¿O acaso el útero puede desaparecer y aparecer de la nada?

—¿Hola? —Juana, a su lado, estaba hablando.

—Perdón.

—En serio, estás muy estresada. Matías tiene razón. Te alcanzo al departamento ya y vas a acostarte. Yo voy a comprar algo cerca y te lo llevo a la cama; si te quedas dormida, no importa, comes después.

—Gracias —murmuró ella a la vez que entraba al auto.

En su casa, tuvo unos minutos de soledad mientras se ponía el pijama. Intentó no mirarse el cuerpo y se metió debajo de las mantas. Hubiera querido taparse hasta la cabeza, pero hubiera sido peor; sobre todo, si Juana regresaba y la encontraba así.

«¿Qué le voy a decir? ¿Qué va a pasar cuando se enteren de que no puedo tener hijos? No tiene sentido, siempre tuve mi período normalmente. ¡Hasta me hicieron un examen de fertilidad y salió bien! No pudo desaparecer, tiene que ser la máquina, tiene que ser la máquina…».

Oyó la puerta que se abría y necesitó todas sus fuerzas para no cubrirse la cabeza con las mantas.

Tuvo la suerte de quedarse dormida poco después de comer unos bocados. Juana estaba acostada a su lado, pero dejó de escuchar su charla a los pocos minutos.

Cuando se despertó, la habitación estaba a oscuras y se oían murmullos en el comedor. Se giró lo suficiente para mirar el reloj, era el atardecer. Él debía de haber regresado del trabajo y su hermana todavía no se habría ido, esperaba que no fueran más que ellos dos. No quería levantarse, mucho menos encontrar allí a toda la familia. Sin embargo, necesitaba ir al baño. Trató de hacerlo con el mayor silencio posible, si bien no podría evitar que se escuchara cuando tirara la cadena.

Lo encontró a él en la pieza cuando regresó.

—¿Cómo te sientes?

—Más descansada.

—Me dijo Juana que dormiste bastante después de comer. —Se adelantó unos pasos y la envolvió en un abrazo—. Todo saldrá bien, en unos días tendremos los análisis y sabremos cómo avanzar. No te preocupes, ya hablé con tu trabajo y no irás el resto de la semana.

Ella apretó los labios y se apartó.

—Podría dormir un poco más.

—Claro, todo lo que necesites. ¿Quieres despedirte de Juana?

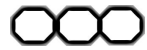
Ella vaciló.

—Está bien, no te preocupes. Descansa, todavía es temprano para cenar —le dio un beso—, yo le diré adiós por ti.

—Gracias —susurró ella y volvió a meterse en la cama, cerró los ojos y esperó a que él se fuera.

Él entornó la puerta, se veía cierta luz del comedor.

Ella abrió los ojos y suspiró. Tendría que decirle algo, tal vez debería adelantarse y hablar con él antes de que llegaran los resultados. ¿Le contaría lo que había pasado o, simplemente, le pediría un poco de tiempo?



ESTABA DESPIERTA desde la madrugada, pero no se sentía cansada, había dormido lo suficiente durante la tarde y ni siquiera se había levantado para cenar. Fue justamente el hambre lo que la despertó y luego ya no sintió necesidad de acostarse. Todavía faltaban horas para que él se levantara, así que le sorprendió cuando lo escuchó caminando detrás de ella.

—Creo que deberíamos posponer la boda —dijo sin darse la vuelta —, solo un poco, hasta que sepamos qué me sucede.

Él se acercó, podía sentir el calor de su cuerpo.

—Te amo —susurró ella—, pero necesito tiempo.

—Está bien —murmuró él.

Si bien él estuvo muy callado durante los siguientes días, al menos, le dio algo de espacio y, en cierta forma, tenía que agradecerle que hubiera arreglado todo con el trabajo para que ella se tomara unos días. Hacía mucho tiempo que no estaba sola sin tantas cosas por hacer.

Sin embargo, él había dicho que no interrumpiría los preparativos, todavía faltaban unos meses y *esto* se podía arreglar antes. ¿Qué pasaría si no pudieran reagendar y casarse ese año? Tendrían que esperar otro y, además, perderían todo lo invertido.

—Lo siento —murmuró ella.

—No te preocupes, nadie quiere enfermarse —dijo él sin levantar la vista mientras desayunaban—, esas cosas pasan.

—¿Quieres que te ayude con algo?

—No, lo tengo controlado, solo… trata de descansar y mejorar —le dio un rápido vistazo—; tal vez, debamos suspender la cena de mañana.

—¿Mañana?

—Con mi familia.

—Ah, claro, lo había olvidado…

—Supongo que es normal —comentó, pero algo en su voz decía que estaba más enojado de lo que quería dejar ver—. No te preocupes —repitió una vez más antes de irse a trabajar.

Ella se quedó observando la puerta durante un momento antes de mirar alrededor. No estaba muy segura de qué hacer. Si no estaba trabajando o preparándose para la boda, no tenía mucho más; ni

siquiera recordaba qué hacía con su tiempo libre antes.

Se dirigió al escritorio y encendió la computadora. Revisó los mensajes, aún no estaban los resultados de los análisis. Al menos, de los que recibiría por correo; había otros que tendría que ir a buscar en persona. Todavía no había decidido qué le diría o si lo haría antes de tener los resultados. ¿Y si la dejaba? ¿Tendría que irse de ese departamento? ¿Dónde viviría? Los únicos parientes vivos que tenía no residían en esa ciudad, apenas si tenía contacto con ellos.

—No puedo pensar en eso. No puede dejarme solo porque no puedo tener hijos, siempre podríamos adoptar, ¿o no? —Hizo la pregunta en voz alta, pero no había nadie que le contestara.

Al final, se animó a buscar sus síntomas en internet. Ya no sobre el peso, sino sobre perder órganos; «útero desaparecido» devolvía todo tipo de páginas aterradoras. Después de una hora de indagación inútil, decidió cerrar la computadora. No tenía sentido, le daría cualquier cosa como respuesta. Tal vez, si pudiera ingresar algún término médico…, pero todavía no tenía ningún…

Optó por llamar a la clínica. A lo mejor, podría averiguar por la ecografía ginecológica e inquirir sobre el funcionamiento de la máquina. Tuvieron que derivar la llamada varias veces hasta que, por fin, la atendieron los técnicos del área. Si bien no podía confiar en que justo contestaría el mismo que le había hecho los estudios, cuando contó su caso, el hombre dijo que la recordaba.

—Sí, claro, me acuerdo; todo el instrumental funciona perfectamente, lo revisamos.

—Pero…

—Usted tuvo una histerectomía completa y lo olvidó.

—¡Cómo me olvidaría de algo así!

—La única otra opción es que haya nacido con esa deformidad, pero en ese caso se tendría que haber dado cuenta antes, cuando nunca hubiera menstruado.

—Hasta el mes pasado, menstrué correctamente.

—Hay muchas razones para sangrar.

—¿Todos los meses?

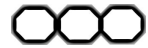
—Mire, señora, yo no soy especialista ni ginecólogo, pero hace más de treinta años que hago ecografías y sé leerlas muy bien. Usted nunca tuvo un útero, los órganos no desaparecen de un día para otro. Tal vez… debería visitar otra clase de médico, uno que…

Ella cortó.

«¿Acaso me estaba diciendo *loca*?».

Aunque, por momentos, ella también creía que estaba perdiendo la cabeza. Sin embargo, estaba segura de que no era su imaginación; lo que fuera que le estuviera pasando, en verdad le estaba sucediendo.

Capítulo VI



DIO VUELTAS POR EL COMEDOR. Eso la puso aún más nerviosa. Tal vez, debería salir un poco, respirar aire fresco y despejarse la cabeza.

Fue al dormitorio y se probó bastantes prendas, ninguna le quedaba bien, debía ajustarlas con diferentes cinturones o varios accesorios para que se acomodaran a su cuerpo.

—¡Esto no funciona!

Se sacó todo y se quedó en ropa interior, que también era incómoda. ¿Por qué insistía en ponerse corpiño si ya no tenía senos? Se lo quitó y se miró el pecho. No recordaba la edad en la cual lo había tenido tan plano; sin embargo, había pasado, no debería ser una sensación tan extraña después de todo, no más que cuando le habían comenzado a crecer.

—A lo mejor…, es eso… —murmuró—; una regresión a un cuerpo más… ¿infantil?

Eso tampoco tenía sentido. Por más que su cuerpo se volviera más joven, seguiría teniendo un útero, ¿o no? Debía de haber otra explicación, podría ser una enfermedad que simulara una regresión, pero era…

Se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos con fuerza.

—No tengo que pensar, no tengo que pensar.

Soltó la cabeza y, con un suspiro, comenzó a revisar entre la ropa de su novio. Quizás esa le quedara mejor si ya no tenía un cuerpo completamente de mujer. Rebuscó hasta que encontró unos pantalones de *jogging*, una remera y un *sweater*. Le quedaban bastante más cómodos que los suyos; a lo mejor, porque no tenían forma de nada. Tal vez, debería comprar algo de indumentaria.

Terminó de vestirse y, con un último vistazo al departamento, como si estuviera despidiéndose, salió.

Era un día fresco de otoño, todavía no empezaba el verdadero frío. El cielo estaba despejado y era de un azul claro. Era media mañana y no había mucha gente en la calle, aunque todos los negocios estaban abiertos. Solo tenía que caminar unas cuantas cuadras para llegar a la avenida principal del barrio. Había varios comercios allí donde solía comprar…

«Tiendas con ropa de mujer», pensó y suspiró.

Optó por las que visitaba cuando quería comprarle algo a su novio. Entró en la que tenía ropa casual y deportiva y se acercó a la sección de pantalones. Tuvo que esquivar algunos niños que revoloteaban por allí.

—Cuidado con el señor —indicó la madre mientras apartaba a uno de los pequeños.

—Está bien —dijo ella, antes de darse cuenta de que la habían confundido con un hombre.

Su voz sonaba como siempre y la otra mujer la miró con el ceño fruncido. Ella bajó la vista y se alejó un poco.

—¿Era un hombre, mamá? No hablaba como papá.

—No todos los hombres son iguales. —Oyó que decía la madre y casi podía sentir la mirada de esa mujer sobre ella.

Después de unos minutos, no pudo resistirlo más y salió del local sin comprar nada. Caminó unas cuadras, le parecía que todos la estaban observando. Al final, estaba más intranquila que en su casa. Sin embargo, quería, al menos, comprar algo así no tenía que vestirse con la ropa de él.

Entró en un local que estaba más lleno, esperaba que allí la miraran menos. Compró sin probarse nada y se apresuró a salir. De regreso, aprovechó para conseguir el almuerzo en un local de comida rápida y retornó al departamento.

Se cambió y se quedó en pijama, que, dentro de todo, le quedaba bastante cómodo. Revisó los mensajes del celular, que había olvidado llevar consigo. Había un par de su novio en los que preguntaba cómo estaba, aunque no los excesivos que solía tener cuando no contestaba. Envió una respuesta corta y, luego de guardar su nueva ropa, comió frente al televisor. Sin embargo, no podía concentrarse en nada de lo que veía.

Apenas terminó de almorzar, regresó a la computadora. Habían llegado unos correos: los resultados de algunos análisis. Los abrió y revisó con cuidado, línea tras línea, mientras los comparaba con los valores de referencia. Cuando terminó de leer, suspiró y se recostó contra la silla.

Todo era normal, nada estaba fuera de rango.

—No lo entiendo —murmuró—; si algo está pasándome, tiene que haber algún rastro en la sangre, ¿no?

Decidió hacer otra búsqueda en internet. Los resultados fueron más prometedores esa vez. Parecía que había muchas enfermedades que no siempre dejaban huellas de sus síntomas en la sangre u otros análisis. La mayoría de las personas que contaban sus historias no las habían descubierto hasta hacerse un análisis muy específico, uno que los médicos no solían ordenar, incluso se resistían. Algunos síntomas que encontró se parecían a los de ella, pero ninguno era igual, a nadie le había desaparecido algún órgano. Claro que también estaba la posibilidad de que no lo dijeran por internet; después de todo, quién querría contar algo así.

—Bueno, tal vez algunas personas.

Se mordió los labios y vaciló sobre ingresar a esos foros para hablar o hacer preguntas. No se animaba a decir lo que le sucedía, lo que temía. Pero ¿de qué otra manera podría descubrir qué le estaba pasando? ¿Y si quedaba así para siempre? ¿Y si no recuperaba su cuerpo de mujer? Tendría que hablar de ello en algún momento.

Siempre se había sentido cómoda con su sexo, no se imagina no ser mujer. ¿Eso la convertiría en hombre? Sin poder evitarlo, se llevó la mano al mentón. No creía que estuviera a punto de salirle barba, esperaba que no, qué pasaría si luego también…

Se puso de pie de un salto y corrió al baño y se desvistió. Se observó todo el cuerpo en el espejo; al menos, todo lo que alcanzaba a ver allí. Luego se lo revisó por completo, palpando cada parte accesible. Más allá de la falta de senos, no había nada más extraño… por fuera. Bueno, si no contaba que ya no tenía vello en el pubis.

Eso reforzaba la posibilidad de que tal vez… Pero todavía tenía forma de mujer por *allí*, al menos en el exterior. Sería muy raro que, de repente, le creciera…

—No, no, no, no puedo pensar en eso. Además, los hombres también tienen pelo en…

Cerró los ojos y suspiró.

Quizás, el técnico tenía razón y debía buscar otra clase de médico o, en verdad, se volvería loca.

UN PAR DE DÍAS DESPUÉS, estaban ambos en el comedor, en el sillón, mirando la televisión. Permanecían sentados un poco separados. Varias veces, había intentado ella acercarse, pero, a la vez, también quería estar alejada.

Debería decirle algo. Se encontraban a inicio del fin de semana, el lunes siguiente tenían que ir a retirar los resultados de los análisis. Ya estarían completos y él los leería y, entonces, se enteraría de todo…

Aunque todavía no sabía lo que era *todo*, si, por lo menos, le avisaba de aquello que lo iba a asustar más…

«Pero ¿qué hay sobre lo que a *mí* me asusta más? No debería estar pensando en lo que podría preocuparle a él —le miró de reojo—; él debería preocuparse un poco más por mí, ¿no? Hacerlo en serio. ¿O acaso está esperando a que todo pase y ya? Y seguir como siempre…».

Una parte de ella también deseaba ello, si bien no creía… No, no *sentía* que eso fuera a pasar.

El televisor se apagó.

Ella se despertó de sus pensamientos y miró alrededor con el ceño fruncido.

—Ninguno de los dos estaba mirando —dijo él.

—Tengo la mente en otro lado.

—¿En algún lugar donde piensas arreglarte?

—¿Perdón?

Él hizo una seña a cómo estaba vestida. Hacía unos días que no se sacaba el pijama.

—No puedes estar así todo el tiempo. Tal vez… si te compras más ropa…, seguramente, puedas encontrar algo más adecuado.

—Una funda de almohada es lo único que tiene la forma que tengo yo ahora. —Él apretó los labios—. ¿Qué? —agregó ella y se arrepintió de inmediato. Era lo último que quería preguntar. Era una de las cosas que más quería saber.

—Estaba pensando… —dijo él— Todavía no sabemos qué sucede, pero, a veces, es bueno planificar los peores escenarios. Supongamos que esto… quede así.

—¿Esto?

—Tu cuerpo —contestó él, quien se veía incómodo, como en pocas ocasiones—, si… mmm… permanece así…, quizás puedas hacerte unas cirugías estéticas, ¿no? Agregarte un poco de pecho, un poco de…

—¿Qué? —Ella se irguió en el sofá—. ¿Eso es todo lo que te importa?

—No me malentiendas. Para ti también es importante, ¿no? Si no, ¿por qué estás tan deprimida, siempre en pijama y sin salir de casa? Eso te levantaría los ánimos.

—Creo que preferiría saber qué me pasa.

—Claro, solo digo que es una opción que tendríamos que tener en cuenta.

Ella no tenía una respuesta para su novio y los médicos no tenían una respuesta para ella. La mayoría de los análisis habían salido bien, excepto aquellos que influían directamente sobre su sexo, o sea, las ecografías ginecológicas, mamarias y todas las hormonas que la hacían

femenina, las cuales, si bien no habían desaparecido, se habían nivelado de tal forma con las masculinas que si se guiaran solo por esos análisis, no podrían decir si era hombre o mujer.

—La buena noticia es —indicó el médico después de suspirar y sin levantar la vista— que ninguna de estas alteraciones pone en riesgo su vida.

—Mi vida ya está en riesgo. ¿Cómo puedo seguir viviendo igual que ayer si ya no soy mujer ni hombre ni nada? —Ella se levantó de la silla, pero no había mucho espacio en el consultorio para caminar, mucho menos con su novio también allí.

—Puede tener una vida perfectamente normal, excepto por algunas cosas que son inherentes al sexo femenino… o masculino.

—¿Qué hay sobre cirugías reconstructivas? —preguntó el novio.

—No hay nada que reconstruir, no se puede crear un útero de la nada, si eso fuera posible…

—Me refiero al resto del aspecto.

—¿*Eso* es lo único que te importa? —Ella se volvió hacia él, pero no esperó a su respuesta, sino que salió corriendo del consultorio.

Tampoco aguardó fuera, siguió caminando con bríos hasta que entró en un café. Ordenó un menú del día y se sentó en la mesa más solitaria que encontró. Ignoró los mensajes de su novio y volvió a buscar los foros que había descubierto hacía unos días. Ahora tenía algunas palabras médicas para ingresar. Tipeó con algo de torpeza, se sentía tan furiosa. No estaba segura con cuál de los dos, a lo mejor con ambos: uno al que no parecía importarle lo que sucedía y otro que solo se preocupaba por «maquillarlo».

Revisó entre las respuestas en el foro, había varias personas que habían perdido parte de sus cuerpos, no entró en esos hilos. Ya lo había hecho y, después de un par de fotos, supo que había sido una equivocación. Sin embargo, le llamó la atención uno que hablaba sobre cirugía reconstructiva. Entró y miró los primeros mensajes, había una joven…, estaba segura de que era una mujer, aunque no había nada en su perfil que lo definiera con certeza. Esa mujer había sufrido una enfermedad que le había deformado la cara; no había subido ninguna imagen, pero las descripciones que incluía eran aterradoras; tal vez, porque estaban impregnadas con sus sentimientos.

Recorrió *post* tras *post* con comentarios inútiles de algunos, banales de otros y la historia de esa mujer que, poco a poco, había perdido todo vínculo con su vida, con los demás, consigo misma. Hacía tiempo que vivía sola, alejada del mundo, con la conexión a internet como su único sostén y ya casi no tenía ganas de estar *online*. El último mensaje indicaba que no volvería a hacerlo.

Ella hizo a un lado la bandeja con el almuerzo a medio comer y se

concentró en el mensaje. Lo leyó una y otra vez. Estaba segura de lo que estaba pensando esa mujer. No podía dejarla llevarlo a cabo, debía hacer algo, intentarlo al menos. Se registró en el foro solo para poder contestarle. Tal vez…, tal vez podría llegar a tiempo. Ella no había sufrido tanto como esa mujer, pero la entendía y no quería rendirse. No iba a rendirse. No podía dejar que otra mujer lo hiciera tampoco.

Escribió un mensaje, intentando entrar en contacto con sus sentimientos sin caer en las frases trilladas de siempre y esperó. Su usuario no aparecía *on line*.

Terminó de comer mientras esperaba a que apareciera la mujer y seguía ignorando los mensajes de su novio, quien insistía en saber dónde estaba.

Capítulo VII

HACIA LA NOCHE, decidió volver al departamento. Por un momento, había considerado pasar la noche en un hotel, pero ese no era el mejor modo de manejar la situación. No podía esconderse, no iba a esconderse, no dejaría que la llevaran a esconderse.

Aunque tampoco podía regresar a la *vida normal* que le había dicho el doctor. ¿Cómo podía hacer eso cuando su cuerpo ya no se sentía suyo? Cuando ni siquiera le podían decir si esos cambios iban a continuar, si podía perder algo más.

Cada tanto, revisaba el celular. La joven continuaba *offline*. Nadie había contestado su mensaje ni tenía vistas. Esperaba no haber llegado demasiado tarde.

Cuando arribó a su casa, intentó abrir la puerta con el menor ruido posible. Sin embargo, él la estaba aguardando, sentado en el sofá. Se irguió apenas entró.

—¿Dónde estabas?

—Necesitaba pensar.

—Podrías haberme contestado, estaba preocupado.

—¿Cómo crees que estoy yo? ¿Por qué piensas que esto se trata solo de lo que te afecta a ti? Me está pasando a *mí*, me está cambiando a *mí*. Tú solo quieres taparlo todo y seguir con la vida como la habías planeado. Pues, detesto romper tus planes, pero no es algo que haya hecho a propósito, no lo puedo parar, ni siquiera lo entiendo. No sé por qué está pasando. ¡Nadie lo sabe! Y a nadie parece importarle, ¡a nadie!, ni al médico ni a ti ni a… —No tenía a quién más nombrar, no le había contado a lo que quedaba de su familia, ni a ninguna de sus amigas con las cuales ya casi no se veía, ni a su compañera de trabajo… ¿Cuánto hacía que estaba tan sola? Había dejado que todo girara alrededor de la relación con su novio y con la familia de este… y la que tendrían algún día… Eso ya no iba a suceder.

—Por supuesto que me preocupo por ti —dijo él y se acercó unos pasos, aunque no amagó a tocarla, mucho menos a abrazarla—, pero también me preocupo por nosotros. No creo que hayas pensado en nosotros. ¿O sí?

—Claro que lo hice.

—¿Cuando me pediste suspender la boda? ¿Acaso, en ese momento, ya sabías que no podrías tener hijos? Y no me lo dijiste…

—¿En serio? ¿*Eso* es lo más te preocupa?

—*Nosotros* es lo que me preocupa. Nuestro futuro, nuestra familia.

—Antes de un *nosotros* tiene que haber un *yo* y es el *yo* quien tiene problemas ahora. Nunca piensas en mí, sino en lo que yo soy para ti, para tu futuro.

—Si no pensara en ti, no te querría en mi futuro —dijo él con seriedad.

—No estoy tan segura de eso.

—¿Qué estás diciendo?

Ella suspiró.

—Lo mismo que dije hace unos días: necesito un tiempo… Necesitamos tiempo para entender lo que está pasando. Obviamente, tengo que hacerme más análisis y cambiar de doctor, creo que…

El celular envío una alerta. Ella lo sacó de la cartera.

—¿Quién es? —preguntó su novio.

Ella revisó el foro.

—¿Quién es? —insistió.

—Es ella —murmuró Dani—, contestó. —Levantó la vista con una sonrisa—. Contestó, todavía está ahí. —Suspiró.

—¿Quién?

—Nada, no tiene nada que ver contigo.

—Es así como piensas, ¿no? Que casi nada tiene que ver conmigo… Esperaba que esa resistencia a compartir tu vida disminuyera cuando te pedí que nos casáramos, cuando me dijiste que sí. Pero sigues igual, cada vez que intento…

—¿Qué? ¿Moldearme a lo que tú esperas? ¿A lo que tu familia quiere? ¿A lo que dicen *las normas de la sociedad*?

—¿Acaso no eres feliz conmigo? —Frunció el ceño él—. Me dijiste que me amabas.

—Y lo hago. Es solo que… no sé si quiero cas…

—¿No quieres casarte? —Él asintió mientras se alejaba un poco—. Nunca quisiste, ¿no? Pensé que, tal vez, solo estabas un poco abrumada, creí que…

—Eso no cambia lo que siento por ti.

—No sientes lo suficiente como para casarte.

—Podemos estar juntos sin…

—Supongo que tampoco quieres una familia, ¿no?

—Hay muchas formas de fam…

—Pero no quieres hijos —insistió él—, nunca los quisiste. Por eso no te molesta no poder tenerlos, por eso no te preocupaste en decírmelo. —Rio con poco humor—. A lo mejor, incluso, estabas feliz…

—¡Basta! Por supuesto que me aflige. ¿En verdad crees que no me afecta saber que perdí la posibilidad de tener hijos? Que no los quisiera en este año no significa que no los quería tener nunca. Ahora…, ahora jamás seré madre y no tienes idea de lo que eso significa para mí… No sabes lo que… —apretó los labios, pero no pudo contener las lágrimas.

El teléfono volvió a sonar.

—Creo que es mejor que descansemos un poco —dijo él.

Ella asintió y se limpió las mejillas. No vio que él se acercara a la puerta y le llamó la atención cuando oyó que esta se abría.

—¿A dónde vas?

—Pasaré la noche en un hotel. Me parece que es mejor que pensemos un poco por separado antes de seguir con esta conversación. —Hizo una pausa—. Te llamo mañana.

Ella pestañeó mientras observaba cómo se cerraba la puerta, escuchaba los ruidos de la llave, los pasos y luego el ascensor que llegaba y se iba.

Esperó un momento, pero solo hubo silencio.

Se llevó las manos a la cabeza y se mesó los cabellos. Sintió que se enredaron bastante en los dedos. Cuando los miró, tenía varios mechones en las palmas. Asustada, corrió al baño y se situó frente al espejo.

Revisó cada uno de los lados y la parte de arriba: no parecía que le faltara pelo. Volvió a pasarse la mano, con cuidado; esa vez, fue menos lo que se le cayó.

—A lo mejor, sea solo el estrés —murmuró, pero estaba segura de que no lo era.

Estudió un poco más su reflejo. No reconocía ese rostro del todo. Era como si lo viera en un sueño, con menos definiciones en los rasgos. Se inclinó hacia delante.

¿Acaso tenía menos pestañas también? Incluso parecía estar más pálida de lo normal.

Se cubrió el rostro y recordó el mensaje.

La joven le agradecía sus palabras y le prometía que lo pensaría.

Ella también tenía mucho sobre lo cual reflexionar.

Pasó gran parte de la noche tratando de pensar en otra cosa, pero no podía. Al final, regresó al foro y contestó el mensaje de la joven a la vez que le hacía una pregunta. Y esperó.

Tal vez, no debería haberlo hecho. Estaba a punto de borrarla

cuando la chica contestó. Creyó sentir la emoción en su respuesta; sobre todo, cuando comentaba que hacía años que nadie le pedía un consejo. A lo mejor, solo necesitaba sentirse útil.

Intercambiaron varios mensajes sobre cómo comportarse cuando una no tenía el aspecto que esperaban los demás, cuando se era demasiado diferente del humano promedio. Ella se animó a contarle lo que le sucedía: estaba perdiendo todos los rasgos que le hacían verse y ser una mujer. Si bien no podía compararse con una deformación como la que había contado la muchacha, cuando uno no se reconocía a sí mismo, cuando perdía su identidad…

Durmió solo unos minutos durante la mañana y encontró varios pelos en la almohada al levantarse. Los miró con tristeza, estaba segura de que los hallaría allí, tal vez por eso le había costado tanto dormirse. Aunque no lo entendía. ¿En qué se relacionaba con su sexo? Las personas tenían pelo fueran hombres o mujeres.

«Pero tú ya no eres ninguno de los dos», le dijo una voz en su mente. Y supo que era cierto. No era ni lo uno ni lo otro, y no sabía lo que eso significaba. Su cuerpo era tan… neutro.

Se levantó y se dio un largo baño. Evitó, todo lo posible, mirarse en el espejo; después de todo, uno puede estar todo el día sin verse a sí mismo y no por eso se olvida de quién es. Por lo menos, las partes visibles de su cuerpo, excepto por sus pechos y otras zonas puntuales, lucían igual que siempre. Si estaba vestida, casi no podía notarse que algo había cambiado. Intentó determinar si se sentía diferente en algún otro sentido, pero era difícil no pensar en lo que sí sabía que había cambiado.

Después de desayunar, buscó turno con otro médico. Consiguió uno para la semana siguiente. Necesitaba recuperar los análisis que habían quedado en la consulta del anterior. O, tal vez, su novio se los había llevado.

Como si hubiera oído su pensamiento, le llegó un mensaje de él. Contenía un enlace a una página… de cirugía estética.

«Antes de que te enojes —decía el texto de él—, solo quiero que vuelvas a sentirte como antes; no quiero cambiarte, estoy tratando de ayudar, como puedo».

—Pero sigue siendo solo un cambio estético —murmuró mientras entraba a la página.

Después de su conversación con la joven del foro, lo había reconsiderado. No arreglaría nada, pero si le ayudaba a recuperar algo de su aspecto, tal vez eso le daría la fuerza para hacer frente a todo lo demás. La muchacha no tenía esa opción. Había recurrido a varios especialistas y nadie podía hacer nada por ella. *Si tan solo hubiera logrado verme un poco más humana*, había dicho, *no hubiera caído tan*

profundo. La había impulsado a que no se dejara caer; si lo hacía, después sería casi imposible salir, ella aún no sabía cómo.

Había cirugías para todo, si uno tenía el suficiente dinero. ¿Y de dónde iba a sacarlo? Si ya ni siquiera estaba trabajando…

Se apartó de la pantalla, se recostó contra la silla y se quedó mirando hacia fuera del balcón. Por un momento, dejó que su mente divagara sobre qué estarían haciendo las personas de las cuales solo veía destellos de sus vidas a través de las ventanas. ¿Eran felices? ¿O tenían problemas como los suyos? Tal vez, los tenían menores o peores.

Sacudió la cabeza. Debía concentrarse en ella, en el problema que tenía enfrente. Algo le estaba sucediendo y debía averiguar qué era, pero para eso necesitaba tiempo, y para tener tiempo tendría que tener una licencia del trabajo más extensa. Sin embargo, de esa manera no cobraría un sueldo y sin ingresos no podría pagar las cirugías.

Suspiró.

—Pero… ¿realmente las necesito?

Volvió a recorrer las páginas del sitio. No precisaba la mayoría de esas cosas; en realidad, casi nada. Solo le hacían falta algunos ajustes de esculpido y agregarse senos, no mucho, nunca le habían gustado esas mujeres con pechos enormes y desproporcionados.

—No es el momento de ocuparme de esto todavía, no cuando aún no sé…, cuando debería concentrarme en… —Se llevó las manos a la cabeza y las pasó por el pelo, más mechones le quedaron en los dedos, y más y más…, hasta que se hartó y fue al baño.

Minutos después, se estaba duchando para sacarse los restos del pelo de encima. No le quedaba casi nada en el cuerpo… Cuerpo. ¿Podía llamar así a esa cosa plana y cuadrada, o tal vez rectangular, que ya no tenía forma de nada? Los rasgos de la cara también se le habían suavizado hasta el punto de que estaban perdiendo definición.

Salió del baño y decidió comer algo. Nada tenía el mismo sabor que antes. Aunque no estaba segura, todo se sentía diferente. Y estaba sola. Nunca antes le había importado tanto la soledad. Necesitaba hablar con alguien… Miró hacia la computadora, pero no quería entrar en los foros, prefería…

Se decidió y llamó a sus primos, a sus tíos… Ninguno estaba en su casa, ninguno contestó el celular. No quería dejar un mensaje, ¿qué podía decir?

Después de un rato, le sonó el celular. Era la nueva clínica, le avisaban que se había liberado un turno para el día siguiente. Suspiró de alivio. Sin embargo, debía conseguir los resultados de los análisis anteriores. Vaciló entre llamar a ese médico o enviar un texto a su novio. No tenía ganas de que le preguntara por la cirugía estética.

Llamó.

Le dijeron que no había quedado nada en la consulta, así que tendría que tenerlos él. Miró el celular y amagó varias veces con contestar su mensaje. Al final, terminó por llamar a su compañera del trabajo.

—Ah, ¿cómo estás? Tu novio dijo que estabas enferma, pero no nos llegó ningún certificado, ¿sabes?, estás usando días de vacaciones ahora.

—Ah, no lo sabía —murmuró—, trataré de enviar uno mañana, tengo otra consulta médica.

—¿Qué tienes?

—No lo sé —susurró.

—No te oyes bien.

—No lo estoy —sollozó.

Podía escuchar las palabras de su amiga, pero no llegaba a entenderlas, no podía dejar de llorar. En un momento, sintió que alguien la abrazaba.

No estaba segura de qué había pasado, solo que se despertó en la cama, rodeada de oscuridad.

Se levantó y fue al comedor. Él estaba sentado en el sillón, con el televisor prendido, pero sin mirarlo. Ella se quedó en el umbral.

—¿Tienes hambre? —preguntó él sin volverse.

—Un poco.

Él se levantó y fue a la cocina. Ella se acercó a la barra. Él todavía no la miraba.

—¿Por qué hiciste eso? —murmuró él.

—¿Qué cosa? —Frunció el ceño ella—. Solo quería hablar con alguien, pero no pude…

—Podrías haberme llamado. Sin embargo, no me refería a eso, sino al pelo.

Ella se llevó la mano a la cabeza, se había olvidado de que se había pelado.

—Se me estaban cayendo mechones, pensé que así sería más fácil.

Él inspiró y levantó la vista por primera vez.

—Supongo que podrías usar una peluca.

—¿Eso es todo lo que te importa? ¿Cómo me veo?

—¡Por supuesto que no! Estoy tratando de que no te des por vencida. Cuando uno deja de preocuparse por su aspecto… ¿Qué piensas hacer? ¿Quedarte aquí encerrada en pijama todo el tiempo?

—Pensé que te gustaba que estuviera en casa —murmuró.

No lo miró. Sabía que él la había escuchado y no había contestado.

Él le puso un plato de comida delante.

—Mi idea es atacar ambos frentes.

Ella probó un bocado.

—No sé cómo hacer eso, necesito concentrarme en una cosa a la vez.

—Lo podemos hacer juntos, ¿por qué no quieres que te ayude?

Ella revolvió el tenedor alrededor del plato.

—Mañana tengo cita con otro médico, a las ocho de la mañana.

—Está bien.

—¿Tienes los resultados de los análisis?

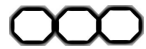
—Sí, los llevo.

Ella dio otro bocado y masticó con lentitud durante un momento.

—Necesitamos pedirle un certificado, para el trabajo —vio que él abría la boca—; si la cirugía es una opción, necesitaremos dinero, ¿no? No puedo gastarme todas las vacaciones.

Él apretó los labios un instante y luego suspiró.

—Supongo que tienes razón.



ELLA SE APRETÓ contra su novio, contra la pared, como si quisiera ocultarse de todos. Sin embargo, era imposible que no la vieran en la sala de espera. No entendía por qué llamaba tanto la atención, la ropa no dejaba ver las rarezas de su cuerpo y llevaba un gorro. Lo más seguro era que la gente pensara en las enfermedades que dejaban pelada a una persona, ¿a quién se le ocurriría lo que, en verdad, estaba pasando?

Apenas entraron en la consulta, ella le pidió al médico el certificado, no quería irse de allí antes de tener lo básico.

El doctor miró fijamente su rostro y luego observó la foto que le habían mostrado de ella de un mes atrás y suspiró.

—Bien, le haré uno de un par de semanas hasta que sepamos un poco más sobre lo que está sucediendo.

Escribió rápidamente en una receta que ella se apresuró a guardar en la cartera y luego comenzó a revisar los estudios y análisis. Cada tanto, anotaba algo en la *notebook* que tenía delante o buscaba alguna referencia. Incluso hizo algunos llamados a otros médicos. Tuvieron que esperar más de media hora antes de que volviera a prestarles atención a ellos.

—Bien, tengo más análisis para usted… —comenzó a garabatear—, me gustaría que hiciera una… y una… ¿qué plan médico posee?

—Pero… ¿qué tengo? O sea, ¿qué piensa que puede ser?

—Mmm, prefiero no aventurar ahora ningún diagnóstico. Es obvio que algo está bloqueando las hormonas de definición del género, incluso las secundarias, lo que está dando lugar a muchos síntomas que no son en sí un riesgo de vida. De todas formas, quisiera que

tuviéramos un mejor panorama de todos los cambios.

—Y… ¿cómo explica los… eh… órganos desaparecidos?

—Eso es lo más extraño, insólito incluso, aunque no podemos decir que sea por completo imposible. Sin embargo, que haya ocurrido en tan poco tiempo… ¿Cuándo fue la última consulta ginecológica?

—Hace seis meses.

—¿Tienen esos resultados?

—Sí, claro… eh…, los dejé en casa.

—Tráigalos la próxima vez. ¿Puedo suponer que en ellos el útero se veía normal?

—Sí.

—Esa es la parte más confusa. Hay muchas enfermedades que tienen síntomas rápidos y extremos, pero este es muy raro.

—¿Qué enfermedades está especulando? —preguntó el novio.

—Como ya dije, no quiero adivinar. No obstante, lo más probable es un tumor, en algún lugar clave, que no se ha detectado.

—Si no se puede ver en… eh… imágenes —preguntó ella—, ¿no se puede operar tampoco?

—No saltemos a conclusiones. Por eso, no quería… —suspiró—. Existen muchos tratamientos. Todavía no sabemos si es un tumor, puede ser otro tipo de obstrucción.

—Sin embargo, deberíamos prepararnos, ¿no? —intervino el novio —. Si tuviera que hacer quimioterapia, ¿no debería guardar óvulos ahora? O sea, por si quiere tener hijos más adelante. Se pueden alquilar úteros, ¿no?

Ella apretó los labios.

—Creo que hay una confusión —dijo el médico con lentitud y la miró a ella, quien bajó la mirada.

—¿Qué? —preguntó el novio.

—No es solo el útero lo que no está, según estos estudios que, por supuesto, vamos a repetir, tampoco los ovarios. Lamento decirles que no hay forma de que tengan hijos biológicos. Aunque si quieren considerar otras opciones, existe la donación de óvulos o, claro, pueden adoptar…

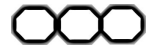
—No… No entendí… —murmuró el novio—. ¿To… todo desapareció? Eso no es… Pensé que solo una parte… ¿Cómo pudo pasar eso?

—Es lo que vamos a tratar de averiguar, señor. Mientras tanto, quisiera que descansara —se dirigió a ella—; sé que es imposible no pensar en lo que está pasando, pero debe intentarlo. A lo mejor, debería hablar con un psicólogo, para que la ayude a procesar este cambio. Muchas de las consecuencias se podrían aplacar con cirugías estéticas, si le parece necesario. Aunque debemos esperar a los resultados de estos análisis antes de analizar esa opción. De todas

maneras, eso también es mejor hacerlo con el soporte psicológico…

Para ese momento, ella estaba segura de que hacía varios minutos que ambos habían dejado de escuchar lo que decía.

Capítulo VIII



UNOS DÍAS DESPUÉS, cuando se levantó de la cama. Él caminaba de un lado a otro de la habitación, mientras llenaba una valija.

—¿Qué estás haciendo? —Ella se sentó en la cama.

—No me parece bien pedirte que te vayas, aunque este sea mi departamento, pero creo que… creo que será mejor que nos separemos durante un tiempo.

«¿Qué maleta estaba preparando? ¿Una para ella? ¿Y no había dicho, cuando se mudó, que el lugar era de los dos?».

Se irguió en la cama y estiró el cuello. La ropa era de él.

—¿A dónde vas a ir?

—A la casa de mi hermana, durante un par de semanas. Ellos tienen bastante lugar, no exactamente una habitación de más, pero puedo dormir en lo que es la oficina de él, no la usa por las noches.

—¿Hasta cuándo? ¿Y después?

—No lo sé.

—¿Por qué no me miras?

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué cosa?

—Que ya no podías tener hijos, que ya no eras mujer en ningún sentido. Yo quería casarme con una mujer.

—Pensé que querías casarte *conmigo* —ella sintió que empezaba a enojarse— y ¿cómo iba a saber que no entendiste lo que decían los análisis? Los leyó el médico frente a ti.

Él levantó la mirada. Estaba furioso. Cerró la valija.

—No fue lo que entendí —murmuró—, siempre hablamos del útero, nunca de que no había nada más.

—No podía adivinar…

—¡Sabes muy bien qué quiero! Tendrías que haberlo aclarado desde un principio.

—Obviamente, no sé lo que quieres, porque pensé que me querías a mí.

—Quería una versión de ti que ya no existe.

—¿Eso significa que ya no me quieres?

Él la miró de arriba abajo, su expresión era extraña. Ella no estaba segura de qué era lo que veía ahí.

Él agarró la maleta y se puso otro bolso al hombro.

—Hablaremos en una semana. Así ambos tendremos tiempo para pensar.

Ella se quedó en la cama y escuchó cómo cerraba la puerta.

Permaneció sentada allí sin estar muy segura de qué hacer a continuación. No recordaba siquiera qué día de la semana era. Se estiró hacia la mesa de luz y buscó el celular. Era martes y eran las ocho y media de la mañana. Él debería estar yendo a trabajar.

Y ella también, aunque todavía tenía el resto de esa semana y la siguiente de licencia. Solo debía acudir a los exámenes que tenía programados, había uno esa misma tarde.

Suspiró. Debía buscar cómo llegar, ya que nadie la llevaría.

Leyó algunos textos de su compañera de trabajo, no habían vuelto a hablar por teléfono. Una parte de ella creyó que aparecería por ahí en cualquier momento, pero no lo hizo, solo le envió unos mensajes de ánimo y luego se olvidó de ella. Casi como ella misma se había olvidado del foro, cada vez entraba menos y apenas si contestaba algún que otro *post*. La única que la entendía era aquella joven. Había dejado un solo comentario: le había dicho que lo entendía, que había períodos como esos, que estaría allí cuando decidiera volver a hablar, cuando lo necesitara.

Ojalá los demás fueran tan comprensivos como ella.

Quiso a dormir un poco más, pero ya estaba despabilada. Dejó la cama sin hacer y buscó algo de desayunar. La heladera estaba medio llena, así que no tendría que comprar durante varios días. Pero sí debía pensar en qué haría en dos semanas, ¿cómo conseguiría otro lugar para vivir en tan poco tiempo? Si él decidía que quería separarse, ¿a dónde iría? No podía hacerle eso mientras ella estaba yendo al médico. Él no podía hacerle eso si, en verdad, la quería…

—Pero no lo hace —susurró.

DESPUÉS DE DOS SEMANAS, los médicos aún no podían decirle nada. No había ninguna explicación a su repentina falta de sexo. Por otro lado, lo que, en un principio, había afectado solo su cuerpo ahora también influía en su mente. Le costaba identificarse como mujer… o

como hombre. En realidad, ninguno de los dos géneros le decía nada y, tal vez, eso era lo que más miedo le dada.

Dejó el consultorio médico con el panel que estaba tratando su caso, se estaban agotando los estudios disponibles. La única buena noticia era que, como el suyo era tan raro, no debía pagar por los más inusuales. Eso sería de ayuda, ya que no tenía forma de cubrirlos cuando no sabía cuándo volvería a trabajar y si tenía que dejar el departamento de su exnovio.

Las últimas comunicaciones que había mantenido con él habían sido todas a través del teléfono o mensajes o *mails*. No creía que hubieran pasado tanto tiempo alejados desde que comenzaron a salir. Lo extrañaba. O, tal vez, añoraba la cercanía con otra persona, algo que no lograba conseguir en los foros que visitaba. Ni siquiera con la muchacha, que era con quien intercambiaba más mensajes. Si bien podía notar que la joven estaba más animada, ella misma se sentía más deprimida cada vez.

Se alejó de la pantalla un momento y no regresó a ella después de hacer el pedido de la cena.

—Estoy gastando demasiado —murmuró—, pero… ¿y si no hay nada más después de esto?

Sonó el celular. Revisó la *app* del servicio de entrega, pero era un mensaje de su exnovio. Necesitaba pasar por el departamento para buscar algunas cosas.

—Claro —tipeó ella y esperó.

Minutos después, sonó el timbre.

«¿Por qué no abre directamente? Tiene llave, es su casa…».

Se mordió el labio.

Abrió la puerta. Él la estaba esperando con el *delivery* en la mano.

—Estaban abajo —dijo y se escurrió dentro sin mirarla. Dejó el paquete sobre la mesa—. Solo preciso unas cosas de la habitación.

Ella lo siguió y se acercó con cuidado. Con cierta vacilación, lo abrazó. Sintió su tensión, pero no se alejó de ella. Estaba de espaldas, tal vez, era más fácil si no la veía.

—¿Y si apagamos la luz? —susurró ella en su oído.

Él esperó sin moverse mientras ella lo hacía y cerraba la puerta y volvía a abrazarlo.

Media hora después, él se iba, todavía más enojado que antes, mientras ella lloraba en la cama.

Después de un rato, cuando ya no podía producir más lágrimas y tenía la cabeza embotada, abandonó el dormitorio. Se dirigió a la cocina. La comida seguía sobre la mesada, ya estaba fría. La puso en el microondas unos minutos mientras se daba una ducha y luego comió frente a la computadora.

Rebuscó entre los foros hasta que encontró los mensajes referidos al

tema que necesitaba, pero ninguna de las preguntas era la suya. Ella no sentía atracción por el propio sexo o por varias personas a la vez, no se excitaba con situaciones particulares…, sencillamente, no sentía nada. Ni siquiera repulsión.

Hacía unas horas, cuando había decidido volver a intentarlo con su exnovio, conseguir, aunque fuera, unos minutos de cercanía, no había sentido absolutamente nada, como si no estuviera en verdad allí. Él se enojó aún más cuando ella no respondía en lo absoluto.

Pero lo había intentado, ¿no? Eso quería decir que aún le importaba, lo suficiente para cerrar los ojos y probar, de todas formas, aunque ya no le atraía su cuerpo. Todavía había una posibilidad de que le atrajera ella, que no la dejara. Aunque ella no estaba segura de querer eso o de quererlo cerca de esa manera.

Entró en un chat privado con la única persona con la que podía hablar.

—Hola, ¿estás ahí?

—Sí, ¿cómo estás hoy?

—Igual, creo, no hay muchas novedades.

—¿Qué dijeron los médicos?

—No pueden ni formular una teoría, mandaron más análisis.

—Todavía pueden encontrar algo, mientras sigan buscando…

—Supongo.

—Algo te preocupa.

—Sí.

—¿Quieres contarme?

—Creo que… el cambio, lo que fuera que primero atacó mi cuerpo, ahora está afectando mi cabeza.

—¿En qué sentido?

—Ya no me siento mujer. O sea, hace rato que no me siento así, pero estaba incómoda con los cambios en mi cuerpo porque dejaba de ser mujer. Ahora ya no me molesta de esa manera; o sea, no creo que esté perdiendo nada porque… no me siento mujer.

—Y ¿cómo te…?, ¿qué sientes?

—Nada.

—Mmm, ¿tampoco hay deseo sexual?

Ella vaciló. No esperaba que dedujera tan rápido a qué apuntaba. No esperaba una pregunta tan directa. Sin embargo, era justamente de lo que quería hablar.

—No. Recién… pasó mi novio y no… Traté, pero…

—Deja de *intentarlo*.

—Pero…

—¿Qué importancia tiene? Uno puede existir sin esa parte, es una presión comercial y de la sociedad. Yo nunca tuve sexo y nunca me importó.

—¿Nunca?

Ella dio *enter* antes de pensarlo.

—No.

—Siempre creí…

Pero no escribió más, porque la verdad era que jamás había pensado mucho en ello, solo había hecho lo que se esperaba que hiciera.

Capítulo IX

EN CIERTA FORMA, esa sola charla la relajó. ¿Por qué había estado tanto tiempo pensando en su sexo, en cómo se veía, o si se sentía atraída por alguien? Nada de eso tenía nada que ver con su identidad, sino con lo que creía que los demás esperaban que hiciera, que sintiera, que se comportara. Sin embargo, no había ninguna necesidad de ser sexual, no era esa la definición de una persona, ¿no? Uno podía ser una persona sin pertenecer a un género, eso era solo un aspecto de la personalid…

—No —susurró—, ni siquiera es parte de la personalidad.

Observó el chat que tenía enfrente y todos los otros mensajes. De algunos usuarios, podía adivinar el sexo por su nombre o avatar…

—O tal vez no, no hay ninguna obligación de poner una imagen que represente tu género. Puede ser cualquiera. Y aunque supiera sus sexos, tampoco sabría, necesariamente, su identidad sexual. No, no es eso lo importante.

No obstante, para mucha gente seguía siéndolo. Cada vez que salía a la calle, ya fuera para ir a las visitas médicas o a hacerse análisis o hacer compras, las personas la miraban con expresiones interrogantes en sus rostros. Seguramente, se estaban preguntando qué le había pasado o qué le estaba ocurriendo y, tal vez, si era contagioso. No obstante, entre todas esas dudas, también se preguntarían qué era. Necesitaban definirla, requerían encuadrarla en alguna categoría un poco más estrecha que *ser humano*.

Pasado un mes, ya no tenía ninguna relación que no fuera con los médicos, con quienes le hacían los análisis o con los muchachos de los diferentes *deliveries*. Por suerte, se había enfermado en una época donde podía manejar todo *online* y a través de su teléfono.

Incluso se había ofrecido para trabajar de esa manera a medio tiempo y lo estaban considerando. Esperaba que aceptaran, precisaba

ocupar su mente en alguna otra cosa que no fuera su enfermedad o todos los correos que todavía recibía con respecto a la planificación de su boda, su boda cancelada, ¿por qué todavía llegaban esos *mails*?

Echó un vistazo al celular. Le había enviado unos mensajes a su novio después de su último encuentro, pero no había contestado. Tampoco respondía sus correos, aunque ella veía actividad en sus redes sociales, así que debía de conectarse cada tanto. Varias veces, temió que fuera a eliminarla de sus amistades. A lo mejor, el hecho de que solo se dedicara a mirar sin hacer comentarios o interactuar de ninguna manera había servido a que continuara siendo capaz de ver su vida. O lo poco que contaba de ella. Ya no hablaba sobre su próxima boda, si bien no había dicho que la había cancelado, no hablaba de nada de eso ni de ella. Solo había unas solas fotos de él con sus amigos o con su familia. No encontró ninguna en la que estuviera con otra mujer. Sin embargo, hacía unos días, él había marcado con un *me gusta* a una *app* de citas.

«¿La habrá usado?».

Después de vacilar durante unos días, decidió unirse. En sexo, marcó que optaba por no contestar; aunque, según ella, faltaba la opción para *ninguno*. Luego le preguntaban qué sexo prefería conocer y estuvo a punto de colocar *sin preferencia*, pero como le interesaba conocer qué sucedía con su novio, eligió *hombre*. Debía enterarse de algo. Por lo menos, para saber si todavía podría seguir viviendo allí o debía buscarse otro lugar, algo que había dejado de hacer durante un tiempo. En los parámetros de búsqueda, puso todos los aspectos que creía que definían a su novio y esperó.

¡Lo encontró!

La *app* se lo presentó como opción el mismo día en que él le contestó un mensaje diciéndole que necesitaba ir al departamento otra vez.

—¿Acaso lo sabrá? —musitó ella mientras cerraba el teléfono.

A los pocos minutos, sonó el timbre.

—¿Cómo estás? —preguntó ella apenas lo dejó entrar.

—Bien —contestó él, quien evitó mirarla y corrió hacia el dormitorio.

—Creo que deberíamos hablar.

—Mmm.

—Los médicos todavía no encuentran nada.

—Lo sé, vi tus mensajes.

—¿Me puedes ver a mí?

Notó que sus hombros se tensaban, pero no se daba la vuelta.

—No, ya no… no… —tartamudeó— no pareces humana.

—¿Humana? Tengo dos ojos, nariz, brazos, boca…

—No tienes pelo.

—Hay gente pelada.

—Ni pestañas ni vello en el cuerpo, ni forma de… nada.

—Tengo forma humana.

—No. ¿Por qué no quieres entenderlo? —Se giró al fin y ella vio su cara de desespero, ¿estaba llorando?—. No tienes forma de nada, el ser humano es hombre o es mujer, no es neutro, no es esta cosa amorfa que…

—¿Cosa?

Él apretó los labios.

—Perdona, no quise decir… Sé que estás enferma, no debí… Es muy difícil para mí.

—¿Y para mí es fácil?

—Francamente, creo que ya te acostumbraste, que no te importa.

—Estoy tratando de seguir con mi vida aun cuando…

—¿Cómo? Nunca sales del departamento.

—¿Tienes una idea de cómo me mira la gente?

—Porque no te arreglas, no te pones una peluca o te maquillas un poco o…

—¿Por qué debería? ¿Por qué son los demás quienes deben dictar lo que…?

—No es eso, sino que es más… sencillo incluirse en la sociedad cuando eres similar a los demás. Ahora no eres…

—Sigo siendo yo.

—No, no en realidad.

—Tal vez soy la verdadera yo.

—¿Eso es lo que piensas?

Ella suspiró.

—No sé, no sé qué pensar de todo esto, pero sé que hay una parte de mí que no cambió.

—Me gustaría creer eso —susurró él.

Ella avanzó un paso y sonó la alarma del celular de él.

—Me tengo que ir.

—Espera. Quería hablar del… departamento.

—Hoy no… Por ahora… sigue todo como está.

Ella lo siguió a la salida, pero él no se volvió a mirarla otra vez y cerró la puerta tras de sí con más fuerza de la necesaria. Lo oyó correr hasta el ascensor.

—¿De quién habrá sido el mensaje? —musitó—. ¿Por qué estaba tan apurado?

«Sin embargo, aún no quiere me vaya, todavía…, todavía tiene esperanzas».

Dio llave a la puerta y puso a preparar algo de café antes de revisar las notificaciones de su celular. Había una notificación de la *app*: su

novio había aceptado su invitación.

—¿Acaso ese habrá sido…? —sonrió mientras confirmaba la conexión y se preparaba para hacer las primeras preguntas.

Se quedó casi hasta la madrugada intercambiando mensajes. Los primeros habían sido bastante espaciados, hasta que se hizo la noche y ella asumió que él ya había dejado de trabajar. Le hacían acordar algunas de las conversaciones que habían tenido al principio de su relación. No recordaba haber tenido una charla tan larga con él en meses.

Finalmente, él le dijo que necesitaba dormir porque tenía una reunión en la mañana, pero que quería volver a conversar al mediodía. Tal vez, para entonces, ella habría subido una foto, ¿no?

Ella vaciló y no contestó esa pregunta, aunque había confirmado que estaría disponible el día siguiente.

Había varias cosas que quería preguntarle, pero que no se animaba. Sin embargo, lo que más le había llamado la atención era que había asumido que era mujer. ¿Acaso algo de lo que había dicho ella daba lugar a pensar en eso? Revisó todo el historial de la conversación, pero no detectó nada que definiera un sexo o el otro. Tal vez, él había decidido que ella era mujer porque era lo que esperaba o deseaba. Y quería confirmarlo con una foto.

Se mordió el labio mientras miraba esa última frase. ¿Cuánto tiempo podría posponerlo? Sobre todo, cuando él tenía una en su perfil. Analizó subir la foto de cualquier mujer, pero lo desestimó; mejor no darle expectativas que no iba a cumplir.

«Pero ¿qué es exactamente lo que quiero lograr…?».

Me gustaría creer… La frase de él volvió a su mente.

Sí, era eso. Le demostraría que, más allá de los cambios físicos que había experimentado, ella seguía siendo la misma en esencia. Solo necesitaba postergar la foto el tiempo suficiente para que él volviera a estar tan interesado en ella como al principio.

Dejó el celular de lado por un momento y revisó los *mails*. No le habían confirmado aún la próxima cita con los médicos, pero tenía un correo de la oficina.

Después de respirar hondo unas cuantas veces, lo abrió. Lo leyó varias veces antes de levantarse de la silla con una sonrisa. ¡Habían aceptado su propuesta! Debía conectarse todos los días, asistir a la reunión diaria por teléfono e ir a la oficina una vez cada quince días. Eso lo podía hacer. Después de todo, tal vez su exnovio (¿o posible nuevo novio?, volvió a sonreír) tenía razón. No debía quedarse tanto tiempo dentro, tenía que salir; ella todavía era una persona.

Cerró la computadora, la mañana siguiente desayunaría fuera.

Capítulo X

POR SUPUESTO, no pudo evitar las constantes miradas de las demás personas y los murmullos a su alrededor. Sin embargo, solo era cuestión de acostumbrarse. Después de un tiempo, los vecinos del barrio ya no se asombrarían de verla así.

Entró en algunos locales. Los otros mantenían la distancia, como si ella estuviera enferma.

«Está bien, está bien, será así solo al principio…».

Trató de sonreír a la vendedora mientras le indicaba lo que necesitaba.

Si bien regresó a su departamento antes de lo que tenía planeado, había logrado hacer varias compras que tenía pendientes desde hacía tiempo. Incluso consiguió una comida diferente a los *deliveries*, que ya le estaban cansando.

Revisó la computadora. Tenía la confirmación para una cita médica al día siguiente. Sonrió y cerró la máquina ante de prepararse la cena.

Cada tanto, revisaba los mensajes del celular, la conversación con su novio se había reanudado. Solo dos veces más había insistido con la foto o alguna descripción física, pero ella había logrado llevar la charla hacia otro lado.

Él estaba interesado. Ella no se había sentido tan alegre desde el comienzo de la relación…, de su primera relación con él.

Antes de acostarse, vaciló con volver a entrar en los foros. Sin embargo, decidió que había permanecido demasiado tiempo *online* ese día. Después de todo, comenzaría a trabajar de esa manera y también a relacionarse con su novio, debía controlarse un poco mejor e incorporar hábitos más saludables. Tal vez, ahora que no tenía que ir a la oficina, podría usar ese tiempo de viaje por la mañana para hacer algo de gimnasia.

Durmió bien por primera vez en varias semanas y se levantó llena

de energía para su visita con los médicos. Aun cuando no le dijeran qué tenía, se sentía más animada, porque podía continuar con su vida, solo debía hacer algunos ajustes. Le aliviaba también no tener que pensar más en la boda. Había tardado unas horas en darse cuenta de que ya no le llegaban más esos mensajes. Su novio debía de haberse decidido a cancelarlos por fin. A lo mejor, después de lo último que había pasado con ella o por la nueva relación que tenía… con ella.

La recibieron en una de las oficinas más grandes. Había seis doctores especializados y cada uno tenía su propio equipo, los cuales se quedaron al final de la sala, apiñados, sin dejar de mirarla constantemente y tomar notas.

—Lamento decirle que no hemos podido determinar qué le sucedió, aún no encontramos la causa —comenzó el médico principal.

Ella asintió con la cabeza, era obvio que iba a decir algo más.

—La buena noticia es que todos los análisis indican que, lo que fuera, se ha estabilizado.

Ella sonrió.

—Eso es muy bueno. ¡No va a avanzar más que esto!

—Es lo que creemos. De todas formas, deseamos mantener los controles periódicos, además de continuar con la búsqueda de la raíz de este problema. —El médico se removió en la silla—. Hay muchas más posibilidades de que podamos cubrir los gastos si se anota en un ensayo que estamos…

—¿Perdón?

—Los nuevos análisis son caros, algunos experimentales y su obra social ya no los cubre.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué no? No la di de baja y todavía sigo trabajando. Además, habíamos hecho un arreglo especial por mi caso…

—Se… se trata, más bien, de un problema de definición. La obra social es para seres humanos, los cuales tienen un sexo, hombre o mujer o ambos, ya sea de nacimiento o de otra manera…

—¡Eso no tiene sentido!

—Claro que no. No obstante, todos sabemos cómo son las obras sociales, aprovechan cualquier posibilidad de reducir gastos.

—Pero… pero… —tartamudeó ella.

—No podría aconsejarla mucho más en este tema —continuó él médico—, le recomendaría que se consiga un profesional. Mientras tanto, podremos continuar con los exámenes tan pronto como sea aceptada dentro de…

—Hasta entonces, ¿no me tratarán más?

El médico se miró con los demás.

—No hay mucho más que podamos hacer en su caso y su vida no está en riesgo.

—Pero…

Uno de los otros médicos se aclaró la garganta.

—Ah, sí, sí —asintió el médico principal—, me comentan que usted estaba pensando en hacerse unos cambios estéticos para recuperar su eh… forma anterior. Los estudios indican que eso no servirá a largo plazo, cualquier terapia hormonal será anulada por el cuadro que usted presenta y no estamos seguros sobre las modificaciones físicas, probablemente, con el tiempo, se reversen también. En realidad, estamos bastante interesados en saber qué ocurriría en esa situación; incluso podríamos agregar esas pruebas en la experimentación para luego ver…

—Perdón —dijo ella y se puso de pie.

—Decida lo que decida —siguió hablando el médico—, necesitará, al menos, los controles regulares. No podría obtenerlos de un doctor…, mmm…, normal.

—¿Por qué no? —se irguió ella—. Todos mis demás órganos funcionan como en cualquier otro ser humano.

—Tal vez las diferencias sean mínimas, pero…

—No puedo seguir hablando ahora.

Salió de la habitación y del hospital y caminó, agitada, hasta llegar a una plaza. Buscó el asiento más solitario, lo encontró debajo de unos árboles.

Eso no podía estar sucediendo. ¿Cómo podían darle una buena noticia y otra tan devastadora al mismo tiempo? ¿Cómo podía la obra social declararla *no humana*…?

Se llevó la mano a la boca.

¿Y si alguien más lo hacía? En su trabajo o en…

«No, no», negó sacudiendo la cabeza.

Se levantó y corrió. Corrió hasta su departamento, donde la esperaba su novio.

Capítulo XI

—AH, HOLA —dijo ella a la vez que se paraba, trémula, delante de él.

—Hola. Creí que era hora de hablar… sobre nuestra situación —removía el celular en la mano.

«Justo hoy».

—¿Tienes un momento?

—Cla… claro —contestó ella y cerró la puerta.

Era la primera vez, en mucho tiempo, que él había entrado sin llamar. Sacó el celular y le echó un vistazo: tenía varios mensajes de él de la *app*, pero ninguno donde le avisara a ella que iría al departamento. Lo dejó sobre el escritorio.

—¿Estás bien?

—Sí, vengo del médico.

—¿Qué dijeron?

—No saben que es aún… mmm —vaciló—, pero están bastante seguros de que no avanzará más.

—Esa es una buena noticia.

—Sí, supongo, ¿puedo pasar al baño antes?

—Por supuesto.

Cuando salió, él la esperaba en la habitación.

—¿Qué es esto? —preguntó con el celular de ella en la mano.

—¿Revisaste mi teléfono? ¡No lo puedo creer! —ella corrió para sacárselo.

—*Yo* soy el que no lo puede creer.

—¿Por qué hiciste eso?

—Lo sabes muy bien. Estaba escribiéndole a una mujer que conocí en una *app* y cada vez que enviaba un texto, ¡sonaba una alarma en tu celular! Con razón no querías mostrar una foto, tendría que haber adivinado…

—¿Cómo podrías haber *adivinado*, eh? Además, iba a decírtelo… —Sintió que le saltaban las lágrimas—. Más adelante, cuando te dieras cuenta de que…

—¿De que qué? ¿De que me había enamorado? Eso no iba a pasar sin conocerte.

—Me estabas conociendo.

—¡En persona!

—¿Por qué te importa tanto?

—Porque las relaciones son *en persona*, con otro ser humano físico.

Ella inspiró y se alejó.

«Otro *ser humano*. Si supiera… ¿Qué pensaría? Seguramente, estaría de acuerdo».

—¿De qué querías hablar? —preguntó ella sin mirarlo.

—Tenemos que arreglar la situación del departamento.

—Dijiste que podía quedarme.

—Al principio, sí, cuando… Ahora creo que ya no es lo mejor. Lo más sano es que nos separemos en serio. —Apretó las mandíbulas mientras miraba el celular—. No vuelvas a buscarme.

—¿Y adónde voy?

—Mira, conseguí un asilo…

—¿Un asilo? —Lo empujó—. ¿Crees que deben internarme? Los médicos quieren experimentar conmigo y tú… ¡Vete, vete! —Lo espoleó hasta la puerta y la cerró detrás de él.

—Hablaremos cuando te calmes —gritó él del otro lado y ella lo escuchó irse.

Después de que terminó de llorar, abrió la computadora, pero no había ninguno de sus conocidos *online*. No importaba, ya aparecerían y ellos nunca le pedirían verla en la vida real ni le preguntarían si, en verdad, era una persona.

Mientras esperaba, abrió el buscador y puso una sola pregunta: ¿cuál es la definición de ser humano?

Antes de que pudiera leer los resultados, sonó la notificación del foro, ya no estaba sola. Vaciló y cerró el buscador.

No importaban las definiciones de los demás. Se fijó quién se había conectado, no lo conocía, no había hablado nunca con ese usuario. No revisó su perfil, no importaba eso, y envió el primer mensaje.

¿Te gustan las historias psicológicas y raras?

Intercambios

No volverás a ser la de ayer.

Teresa es una madre primeriza… por muy poco tiempo. La pérdida de su hija la deja con un vacío más grande del que esperaba. Ahora quiere recuperar quién fue. Solo desea recordar en un mundo donde todos le dicen que olvide.

¡Consíguelo ya en Amazon y acompaña a Teresa en su búsqueda!

Nota de la autora

¡Muchas gracias por leer mi libro! Espero que lo hayas disfrutado. ¿Sabías que las reseñas alimentan al autor? En más sentidos que uno. Si te gustó el libro, por favor, considera calificarlo y/o reseñarlo en *Amazon*.

¿Quieres libros gratis?

Aglaya

Aglaya regresa a su hogar después de diez años. Aquello de lo que huyó todavía la espera. Esta vez, tendrá que hacerle frente.
Disponible en Amazon.

El talismán del emperador

El emperador solo tiene un deseo: el bien de su imperio. Y para asegurarse de ello, solo tiene una meta: vivir para siempre.
Disponible en Amazon.

¿Quieres leer más *novelettes*?
Al final de este libro, encontrarás una muestra de otra de mis historias.

Sobre la autora

Lorena A. Falcón es una escritora argentina, nacida y radicada en Buenos Aires. Su carrera inició con la inclusión de un cuento en una de las selecciones de una conocida editorial de autor. Publicó su primera novela poco después e inició un *blog* de cuentos que mantuvo durante varios años.

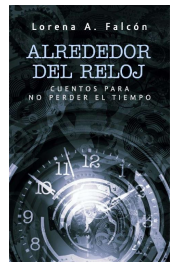
Visítala en *Twitter* o *Instagram*.

Agradecimientos

A mi hermano, por aguantarme.

Otras obras publicadas

Alrededor del reloj



Cuentos para no perder el tiempo.

La vida de estos personajes, al igual que la tuya, transcurre alrededor del reloj. Atrapados en este eterno ciclo, los personajes de cada cuento intentan encontrar su propio camino. ¿Te animas a acompañarlos?

Disponible en Amazon.

Una idea simple - A simple idea

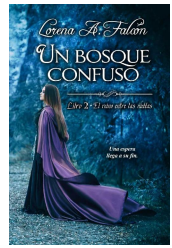
Bilingüe - bilingual

Minirrelatos que desconciertan - Mini stories that mystify

Minirrelatos de no más de cien palabras. Pequeñas historias que desconcierta e invitan a pensar y a divertirse un rato.
Mini-stories of no more than one hundred words. Little stories that mystify and invite you to think and have fun for a while.

Disponible en Amazon.

Un bosque confuso



El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Inés nunca quiso seguir su destino… hasta que se cruzó con Ema. Cuando se entera de que la joven persigue su mismo destino, sabe que ya no puede esperar más y debe buscar aquello que le permitiría cambiar su reino y, tal vez, el mundo.

Disponible en Amazon.

Un conflicto sin fin

Cuando ayudas a los demonios, los ángeles van tras de ti.

Hugo, cansado de ser manipulado por todos, los abandona para averiguar la verdad.
Ahora él y su amiga Tamara deben encontrar las respuestas solos, o pueden buscarlas entre las bestias. ¿Cuál es la mejor opción?

Disponible en Amazon.

Matices de la magia

La magia que acumulas define la maga que eres.

Johanna siempre supo que sería maga, pero la magia no es solo sangre o talento. No es el pasado de tu familia, sino el tuyo. Tu magia será blanca o negra según lo que hayas hecho.

Ya disponible en Amazon.

Todo o nada

Cuentos para sentir el mundo de otra manera.

La realidad que conoces depende de tus sentidos, pero ¿qué pasa cuando ellos fallan? Si no ves, oyes, hueles... sientes como los demás, estás solo.

Disponible en Amazon.

Número privado

¿Te animas a contestar esa llamada?

El celular vibra mientras Mona observa la pantalla: Número privado. Debe huir de aquello que está del otro lado de la línea. Y el celular no deja de sonar.

Ya disponible en Amazon.

Decisiones

La vida puede cambiar en un instante, ¿y tú?

La barrera que separa todas las opciones que pudieron ocurrir en tu vida se ha roto.
Estas son las historia de Selena y Dante.

Disponible en Amazon.

Un camino marcado

El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Ema sabía que estaba destinada a una vida de grandeza.
Cuando la oportunidad se cruza en su camino, se lanza a una búsqueda que puede cambiar el destino de su reino y del mundo.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Micaela debe actuar si no quiere perder su única oportunidad de salir

victoriosa.
Todas las pistas la llevan de regreso al comienzo. Nunca se había preocupado por su pasado, hasta ahora.

Disponible en Amazon.

Vidas paralelas, destinos cruzados

La vida que odias, alguien más la quiere.

Todos los días de Carola son iguales. Hasta que una noche se abre una ventana a otro mundo. Allí Carola es una bruja poderosa. Todo lo que tiene que hacer es intercambiar lugares con su doble. ¿Qué puede salir mal?

Disponible en Amazon.

Por un par de alas

Cuentos para dejar volar la imaginación.

Vampiros, magia, ángeles, electrodomésticos rebeldes, viajes en el tiempo, futuros distópicos, viajes en el espacio… Hay una historia para cada uno de tus sueños o de tus pesadillas.

Disponible en Amazon.

Intercambios

No volverás a ser la de ayer.

Teresa es una madre primeriza… por muy poco tiempo. La pérdida de su hija la deja con un vacío más grande del que esperaba. Ahora quiere recuperar quien fue. Solo quiere recordar en un mundo donde todos le dicen que olvide.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro III - La pérdida

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La vida de Micaela es un caos y se siente perdida.
En un camino que todavía parece un laberinto, Micaela debe encontrar una salida. Aunque, ¿está dispuesta a hacer sacrificios? Ya perdió una amiga, ¿qué más puede perder?

Disponible en Amazon.

Todas mis partes

¿Y si en vez de uno pudieras ser varios?

Una sociedad obligada clonarse para sobrevivir. Cada clon se lleva una parte del original. Bárbara no está dispuesta a renunciar a nada. Pero tiene un sueño y, para poder cumplirlo, solo necesita crear un clon… ¿por qué no?

Disponible en Amazon.

Un último conflicto

Una lucha ancestral, un conflicto sin fin.

Tamara no quiere problemas, pero cuando salvas a un ángel, los demonios vienen tras de ti. Ahora ella y su amigo Hugo deben huir, o pueden ayudar a los ángeles a derrotar a los monstruos. ¿Cuál es la mejor opción?

Disponible en Amazon.

La hermandad permanente

Una magia antigua; una magia que no cambia.

Yoana nunca se sintió parte de la Hermandad, quiere huir de esa magia que la oprime. Tuvo la fortuna de conocer el amor. Tuvo la desgracia de conocer la verdad. Tendrá que afrontar el cambio que se avecina.

Disponible en Amazon.

El despertar de las gárgolas

Algunas cosas a veces es mejor dejarlas dormir.

Mientras su pueblo trata de sobrevivir, Tura encuentra un poder que nadie quiere que tenga: es capaz de despertar a las gárgolas. Estas pueden salvar a su reino y elevarla a ella. Siempre quiso poder, pero ¿podrá manejarlo?

Disponible en Amazon.

Dejemos la historia clara

Una heredera perdida; una historia dudosa.

Clara, una joven bibliotecaria, encuentra una información que no puede ignorar. Acompañada de un joven que apenas conoce, emprende un viaje en busca de la verdad que cree que salvará al reino. O al menos eso cree.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Continúa la aventura de Micaela. Su vida ya no es la misma, tuvo que abandonarlo casi todo y perdió demasiado. Todo la que la rodea son preguntas. La principal que deberá enfrentar es: ¿puede aceptar lo que le sucedió?

Disponible en Amazon.

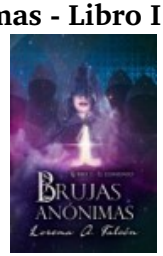
Antifaces

No te guíes por las apariencias. Todos usamos máscaras.

Aquí nada es lo que parece y Norah debe aprender a dudar de sus ideas preconcebidas y a confiar en su instinto, mientras se reconecta con la naturaleza, la magia que fluye a través de ella y su familia.

Disponible en Amazon.

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo



Ebook gratis

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La aventura de Micaela comienza cuando una noche es atacada por

una mujer misteriosa. Ahora está rodeada de brujas, vampiros, hombres lobos y hasta un duende que le ha jurado lealtad. ¡Justo a ella, que no cree en la magia!

Disponible en Amazon.

La torre hundida

Un pasado incierto; una familia perdida.

Lahja no puede ignorar la necesidad de conocer sus orígenes. En contra de los deseos de su abuelo y acompañada de su único amigo, se lanza a una búsqueda donde no solo conocerá su historia, sino que aprenderá sobre sí misma.

Disponible en Amazon.

Intercambios (extracto)

Capítulo I

TERESA SE ACARICIÓ LA PANZA. Todavía no se podía ver nada. Todavía no se podía sentir nada. Pero la sonrisa apareció en su rostro solo con pensarlo. No podía esperar a que llegara su marido del trabajo. Varias veces había intentado llamar a su madre y había colgado. No, no estaba bien que se lo dijera primero a ella, tenía que ser a César, él sin duda estaría emocionado, siempre había querido hijos y en los dos años que llevaban de matrimonio no hablaba de otra cosa.

Ella se había sentido un poco reacia, saber que un hijo la cambiaría, que solo el hecho de llevarlo consigo cambiaría quién era, que ese hijo le quitaría una parte de sí…

«No, no puedo pensar en eso, es así para todo el mundo, estará bien».

Entonces, sintió que su marido abría la puerta y corrió a su encuentro.

EL EMBARAZO FUE UNA EXPERIENCIA que no olvidaría jamás. Antes ya escribía un diario, pero cuando quedó embarazada, no dejó de escribir ni un solo día, incluso escribía varias veces al día. Cada uno de sus sentimientos y pensamientos estaban allí, para que después pudiera volver a ellos cuando quisiera.

Los meses pasaron de manera bastante alegre, la incertidumbre había sido olvidada a las pocas semanas. La única que actuaba con un poco de rareza era su madre, Elena, quien cada tanto se quedaba mirándola con melancolía.

«Es que no puede creer que su hija ya vaya a tener una hija propia», decía César y Teresa aceptó esa explicación.

Sí, sería una niña y su marido esperaba que fuera igual a ella. Y en parte lo sería. Cada nuevo niño intercambiaba células con su madre, le dejaba suyas y tomaba las de ella. Así que su hija no solo tendría sus cromosomas, sino también el ADN propio de ella y el de su madre que había intercambiado ella en el útero y a la vez el de su tía, que era mayor que su madre, y el de la abuela...

«Uf, ¿es que esa niña acaso sabrá quién es realmente?», pensaba ella con regularidad. Pero el mundo siempre había funcionado así y seguía haciéndolo, no parecía estar dañando a nadie. O nadie parecía

notarlo. Aunque era cierto que varias parejas se separaban después de tener un hijo o varios, sobre todo varios. Es que las madres cambiaban después de los hijos, sus personalidades eran otras.

«Pero no será así con mi hija, no cambiaré tanto, ¿no?».

[…]

Disponible en *ebook* en *Amazon*.